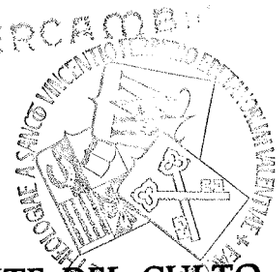
INTERCAMBIO



LA VIRGEN MARÍA AGENTE DEL CULTO CRISTIANO

Razón del tema

No es exaltación devocional ni empeño magnificativo lo que nos mueve a repensar y esclarecer las grandezas divinas de María. Es la convicción, resaltada por María misma, de que el Poderoso hizo en ella tales magnificencias, que todas las generaciones habrán de llamarla bienaventurada. Todas las generaciones proclamarán su asombro ante la maternidad divina obrada en María por la omnipotencia de Dios, que la vincula inseparablemente, en todo y para siempre, con la persona y con la obra de su Hijo divino.

Esta vinculación total y sempiterna parece excluir toda duda sobre el título que hemos antepuesto como objetivo de nuestro estudio, es decir, sobre la asociación de María con Cristo en la actuación glorificadora de Dios y salvadora de los hombres que cumple la liturgia cristiana, conceptuada por el Concilio Vaticano II como ejercicio del sacerdocio de Cristo, al que une consigo a su Iglesia, Esposa y cuerpo suyo místico (1). ¿Cómo, sin embargo, nos preguntamos, si María es *coagente y cooperadora de Cristo* en su eficiencia sacerdotal y litúrgica?

Para la inteligencia de nuestro intento inquisitivo, conviene advertir que la relación de la Virgen con el culto litúrgico cristiano, puede ser considerada en tres planos diferentes. 1.° La Virgen *como objeto* del culto o de la veneración de la Iglesia en su liturgia. 2.° La Virgen *como modelo de imitación* para la Iglesia, en el ejercicio de su piedad litúrgica. 3.° La Virgen *como principio eficiente* con Cristo y con la Iglesia del culto litúrgico cristiano. El plano de la veneración litúrgica de María parece concebible sin los otros dos de su intervención y de su ejemplaridad en las celebraciones cultuales. En cambio, la ejemplaridad es impensable sin la eficiencia, es decir, sin la actuación relevante que merezca ser imitada. Es la actuación litúrgica de María la que se ofrece como imitable para la

(1) SC. n. 7.

Iglesia. Sin embargo, esta clara interdependencia entre la acción cultual de la Virgen y su ejemplaridad, ¿prejuzga o asegura su continuidad coextensiva? La Exhortación *Marialis Cultus* que tan de intento y con tanta riqueza de consideraciones presenta a María como ejemplo de la actitud cultual de la Iglesia, sólo parece contemplar esta ejemplaridad en las manifestaciones de la religiosidad de María en el estadio de su vida terrena (2). Serían, pues, esas actividades religiosas en su día cumplidas, aunque siempre admirables, las propuestas a la imitación eclesial, sin que ello suponga (aunque nosotros así lo pensamos) que María continúa interviniendo con Cristo en la integridad del culto cristiano, con la pluriformidad de eficiencias que esa multiforme integridad cultual y salvífica demanda, y no sólo por su universal asistencia intercesora. Es preciso reconocer ahora que la ejemplaridad litúrgica atribuida a María, no garantiza la perpetuidad de esa múltiple intervención activa suya en la liturgia. Estamos presuponiendo diversidad de estadios en ésta, y necesitamos aclararlos para poder plantear con nitidez la concurrencia correspondiente de María en ellos.

Repitamos como principio guiador, que la liturgia cristiana es la actuación religiosa de glorificación de Dios y de reconciliación con Él de los hombres que realiza Cristo como Cabeza y Sacerdote de la humanidad. Esta función litúrgica sacerdotal de Cristo, comienza con su misma existencia humana, se prolonga en toda su vida salvadora, culmina en el sacrificio de su Pasión y muerte y se eterniza por su resurrección que le exalta como Mediador y Sacerdote perpetuo a la diestra del Padre, donde comparece siempre a favor nuestro (Cf. Heb. 8, 1-2; 9, 24). En esta actuación litúrgica de Cristo que procede de la eternidad, de donde desciende el Verbo por la Encarnación, y revierte a la eternidad, adonde asciende el Hombre-Dios victimado y resucitado, asocia Cristo consigo, a su hora, a su Iglesia o humanidad cristianizada, capacitándola para ello por la participación que le confiere de su sacerdocio, con alcance general, común a todos los fieles, y con función ministerial reservada a algunos de ellos (3).

En las sucesivas etapas de este despliegue total de la actuación litúrgica de Cristo, ha de inscribirse y comprobarse la participación efectiva personal de María, en correspodencia con su vinculación singular con el misterio de su Hijo redentor y con el misterio de la Iglesia por su Hijo redimida. El curso de estas etapas señala el que han de seguir nuestras reflexiones.

(2) *Marialis Cultus*. Cf. n. 16-21. Usamos el texto latino, AAS, LXVI, 1974, 113-158. Usamos también la traducción de *Ecclesia*. Citaremos con la sigla MC.
(3) Cf. SC. ns. 5, 7-8; LG. n. 11.

Estado del problema

Nos ha inducido al estudio de la función que ejerce la Virgen en la liturgia cristiana, la importancia misma de esa función y, por consiguiente, el interés en conocerla y contribuir a su conocimiento. En nuestras indagaciones, quizás por haber sido muy modestas, no hemos podido verificar que el tema, en la generalidad con que lo planteamos, haya ocupado en grado apreciable el esfuerzo de los estudiosos. Y digo *en su generalidad*, porque sobre *la relación de María con la Eucaristía*, y por tanto, con el contenido más sustancial de la liturgia cristiana, la investigación ha tenido cierta insistencia, sobre todo entre los teólogos españoles modernos (4).

Los documentos magisteriales del todo o marcadamente relativos a la liturgia, no aportan atestiguaciones explícitas, aunque se encuentren en ellos principios e indicaciones legítimamente explicitables. La Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia es notoriamente parca y, a nuestro pensar, hasta insuficiente (5) en sus referencias a la Virgen; aunque esta parquedad fue felizmente rebasada por el mismo Concilio en el capítulo mariano de la Constitución *Lumen Gentium*. Sin embargo, la Constitución *Sac. Conc.*, en la justificación "del amor especial con que la Santa Iglesia venera a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María", en la celebración del círculo anual de los misterios de Cristo, acuña el gran principio de que María "está unida con lazos indisolubles a la obra salvífica del Hijo" (6). Principio cuya virtualidad queda allí represada, pero con presión hacia el desbordamiento teológico-litúr-

(4) Card. Gomá, *María Santísima Reparadora*. En su libro, *María Santísima*, I, Barcelona, 1941, pp. 21-70; *La Virgen y el sacerdocio católico*. Ib. pp. 135-181; Card. Ruffini, *Relazione tra l'Eucaristia e la Madonna*, Roma, 1939; Cf. en *Est. Mar*, 13, 1953, los estudios de N. García Garcés, M. Peinador, J. M. Bover, J. Solano, Gregorio de J.C., L. Colomer, E. Sauras, Basilio de San Pablo, S. Gutiérrez, J. M. Delgado, J. Arratibel, B. Monsegú; Card. Lepicier, *Marie et l'Eucharistie*, Congreso Euc. Intern. de Montreal, 1910. Publicado en Actas de dicho Congreso, pp. 267 ss.; Card. Parente, *Cooperazione di Maria nella SS. Eucaristia*, en *Maria et Ecclesia*, vol. 8, pp. 23-34; F. de Benisa, *Reinado del Corazón Eucarístico de María*, Totana-Murcia, 1931; P. Luis, *La Virgen y la Eucaristía*, en *Colectánea Mariana*, Madrid, 1952; F. de Benisa, *El Corazón Inmaculado de María y la Eucaristía*, *Est. Franc.* 59, 1958, 251-269; L. Ligier, *La Vergine nella Eucaristia*, en el libro *La Madonna nel culto della Chiesa*, Brescia, 1956, pp. 63-87; A. Bandera, *La presencia de la Virgen en la Misa y en los Sacramentos*, *Vid. Sobr.*, 61, 1961, 329-337; F. Franzi, *La "oblatio munda" e la mediazione di Maria Santissima, en Maria et Ecclesia*. Vo. 8, pp. 1-22; E. Boularand, *La Vierge et l'Eucharitie*, en *Rev. Asc. Myst.* 34 (1958) 3-27; 361-92.
(5) Cf. J. F. Rivera, en *Comentarios a la Constitución de la Sagrada Liturgia*, Madrid, BAC, 1964, pp. 476-477.
(6) SC. n. 103.

gico. La Encíclica *Mediator Dei* es más jugosa en su número mariano (7), aunque sin formulaciones aducibles, como directamente argumentativas. De la Exhortación *Marialis Cultus,* no obstante "tratar del puesto que ocupa la Santísima Virgen en el culto cristiano" (8) ya indicamos que no toma en consideración expresa el concurso personal activo de la Virgen en todo él. Cabe, sin embargo, destacar declaraciones generales o indicativas como las siguientes:

— En la *Introducción* se dice: "Por íntima necesidad la Iglesia refleja en la praxis cultural el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto singular que María ocupa dentro de él...".

— En el n. 6, observa que la fiesta de la Realeza de María "contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre".

— El n. 7 habla de "celebraciones que conmemoran acontecimientos salvíficos, en los que la Virgen estuvo estrechamente vinculada al Hijo...".

— En el n. 10 comenta que el "Communicantes" del antiguo Canon romano, conmemora a la Madre del Señor en densos términos de doctrina y de inspiración cultual".

— En el n. 11, advierte que "cuando la Liturgia dirige su mirada a la Iglesia primitiva y a la contemporánea, encuentra puntualmente a María: allí, como presencia orante junto a los apóstoles; aquí, como presencia operante junto a la cual la Iglesia quiere vivir el misterio de Cristo: *haz que tu santa Iglesia, asociada con ella (María) a la pasión de Cristo, participe en la gloria de la resurrección*" (9).

— En el n. 15, aprecia que la instauración litúrgica postconciliar "ha considerado con adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo y, en armonía con la tradición, le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como Madre de Dios, íntimamente asociada al Redentor".

— En el n. 18, con referencia a Pentecostés, pondera la "presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo...".

— En el n. 19, recuerda la enseñanza de los Padres, según la cual "la Iglesia prolonga en el Sacramento del Bautismo la maternidad virginal de María...".

(7) Enc. *Mediator Dei,* n. 43. Ed. Ac. Cat. Esp. Madrid, 1962, I, pp. 1079-1122.
(8) MC. n. 1. Cf. Introd. y n. 15.
(9) Las palabras subrayadas son del *Misal Romano,* 15 sept. col.

— En el n. 20, afirma que la Iglesia realiza la renovación dominical de la Pascua del Señor, "en comunión con los santos del cielo y, en primer lugar, con la bienaventurada Virgen María, de la que imita la caridad ardiente y la fe inquebrantable".

— En el n. 21, refiere que San Ambrosio, hablando a los fieles "hacía votos para que en cada uno de ellos estuviese el alma de María para glorificar a Dios...".

— En el n. 25, se asevera que "la genuina piedad cristiana no ha dejado nunca de poner de relieve el vínculo indisoluble y la esencial referencia de la Virgen al Salvador Divino...".

— En el n. 28, considera que la doctrina eclesiológica del Concilio Vaticano II "permitirá a los fieles reconocer con mayor facilidad la misión de María en el misterio de la Iglesia y el puesto eminente que ocupa en la comunión de los santos". Se cita también en este número como "muy aguda" la observación de San Cromacio de Aquileya: "*Se reunió la Iglesia en la parte alta (del cenáculo) con María, que era la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste. Por tanto, no se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de éste*".

— En el n. 57 encontramos este rico pasaje: "La múltiple misión de María hacia el Pueblo de Dios es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial. Y alegra considerar los singulares aspectos de dicha misión, y ver cómo ellos se orientan, cada uno con su oficacia propia, hacia el mismo fin: reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito. Queremos decir que *la maternal intercesión* de la Virgen, su *santidad ejemplar* y *la gracia divina que hay en Ella,* se convierten para el género humano en motivo de esperanza..." (9 bis).

Hemos recogido estos textos como *indicativos,* sin pretender que digan lo que estrictamente no intentan decir. Pero podemos estimar, sin exceso, que significan más de lo que dicen, y que es perfectamente lícito añadir por justa inferencia lo que significan, aunque no lo digan, es a saber: que la esencial e indisoluble unión maternal de María con Cristo y con sus misterios redentores, conlleva indefectiblemente su unión con Él en toda su actuación religiosa-salvífica en el tiempo y en la eternidad, y desde la eternidad en el tiempo.

Es notorio que esta incumbencia congénita de la misión maternal de María, tiene más amplia y más firme fundamentación que la supeditada

(9 bis) Diversos conceptos del pasaje parecen dar a entender un influjo personal directo santificativo de María; pero la explicación dada a continuación no sobrepasa el campo de la intercesión y de la ejemplaridad.

por los documentos de adoctrinamiento y reglamentación litúrgicos. Se trata de una función y, por tanto, de un problema teológico *consecuencial,* condicionado por presupuestos magisteriales y doctrinales previos y más universales. En éstos hemos de apoyarnos o remontarnos para divisar, a su luz, la dimensión religiosa de la Madre y cooperadora maternal de Cristo, Redentor y Sacerdote de la humanidad. La subalternación y la complejidad conexiva del tema, nos obliga a evocar y utilizar de camino, sin estacionarnos en ellos, los principios que lo iluminan. Avisamos de nuevo que las etapas de este recorrido teológico no pueden ser otras que las de la vida y convivencia religiosa y soteriológica de Jesús y María.

I. De Nazareth hasta el calvario

1. *Preludio cultual cristiano de la Inmaculada*

Sabemos que la predestinación divina infinitamente misericordiosa del Hombre-Dios, preside y determina el destino venturoso de la humanidad (Cf. Ef. 1, 3 ss.). Sabemos que junto con la Encarnación del Hijo de Dios fue predestinada una mujer que sería su Madre excelsa, su cooperadora generosa y su humilde servidora (10). Esta predestinación de María en causa y servicio maternal de la encarnación redentora del Verbo, no sólo determina su existencia, sino las condiciones todas de ella. María había de ser como correspondía que fuera la Madre de Jesús. La maternidad divina predefinió a María en la integridad de todo su ser: cuerpo, alma y espíritu. La teología dirá que fue desde el principio y en las progresivas fases de su vida, como demandaba su idoneidad de Madre divina (11). Sobre la perfección natural que requería la vida que había de transferir maternalmente al Hijo de Dios, se atesoraba la perfección sobrenatural o plenitud de gracia que la capacitaba para la acogida creyente y amante maternal, digna de tal Hijo (12).

Pero María no nació Madre divina, aunque nació para serlo y como convenía para que lo fuera adecuadamente a su hora. Los años de su desarrollo humano y divino que precedieron a su maternidad, fueron de consecutiva y creciente preparación para ella. Podemos decir que, por virtud anticipada de la gracia de Cristo, fue una vida religiosa y teologal "cristiana" anticipada, la de María. La plenitud inicial y las plenitudes

(10) Cf. LG. n. 61; Gal. 4, 4.

(11) Cf. Santo Tomás, 3. q. 27. a. 1.

(12) Nadie puede encomiar tan altamente a María, como lo hace la Iglesia en su más alto Magisterio. Cf. Pío IX, *Ineffabilis Deus,* en *Documentos Marianos,* Madrid, BAC, 1954, ns. 270 y 287-289; Pío XII, *Fulgens corona, Doc. Mar.* n. 850, LG. n. 53.

sucesivas de su gracia, no eran estáticas e ineficientes, sino proyectadas en plenitud operativa, en constante e incontenible acrecentamiento. Llena de gracia en máxima actividad, María vivía *en llenez de fe*: de iluminación espiritual, de penetración divina, de adivinaciones inefables; *en llenez de esperanza*: de ansiedades e instancias mesiánicas, de presentimientos intraducibles; *en llenez de amor divino*: de unión y de endiosamiento, de arcanas teopatías; en llenez, a la par, de amor a los hombres, de compasión de sus penas, de angustia de sus pecados, de súplicas por su salvación (13).

Poseída y posesora de Dios, inhabitada por la divina Trinidad y a su vez altísimamente concentrada en ella, vivía en íntima convivencia con las divinas Personas que la connaturalizaban peculiarmente consigo, como cuadraba a su futura y ya próxima afinidad con el Padre, a su asimilación con el Hijo, a su esponsalidad con el Espíritu Santo.

La creación entera, de la que era la más alta culminación para el aterrizaje del Verbo, tenía en la conciencia y en el corazón de María, un canto sublime e incesante de reconocimiento, glorificación y gratitud, elevado a la bondad infinita de Dios Creador. María era el *benedicite* viviente en quien todas las obras de Dios bendecían a Dios.

Al mismo tiempo, el corazón de María era el remanso colmado e incontenible de las aspiraciones que alentaron por los siglos en todos los corazones humanos. Predestinada para recibir en nombre de toda la humanidad al *Deseado,* lo fue también para atraerle hacia la humanidad con su deseo. Sin saberlo ella, su corazón era un corazón maternal, hecho para anhelar, reclamar, recibir y amar al Hijo de Dios que la había hecho para Madre suya. En fuerza de esta misma predestinación, por la presión de su misma gracia maternal que la preparaba para la Encarnación, su corazón era un clamor viviente que conmovía el corazón de Dios y atraía del seno del Padre a su seno materno al Hijo divino (14). O quizás sería más justo decir, que era el Verbo divino el que deseaba dársele filialmente y suscitaba en ella ignotas e irrefragables vehemencias maternales.

Este teocentrismo cabal, esta vivencialidad religiosa total, era la vida de la vida de María, sin menoscabo de la sencilla y entera naturalidad con que discurría su existencia humana toda pura y sin mancilla. Nunca la naturaleza fue tan natural y la gracia tan sobrenatural, como en la interinfluencia vital que tenían en María.

Esta personificación viva y preacontecida en la futura Madre divina, del espíritu religioso cristiano, fue el preludio de la liturgia perfecta,

(13) Cf. nuestro estudio, *Conciencia de su maternidad divina y vida de fe en la Virgen María,* en nuestro libro, *María Madre de Cristo y de la Iglesia,* Pamplona, Ed. OPE, 1967.

(14) Cf. LG. n. 55.

universal y sempiterna que inauguraría el día de la Encarnación, el Hijo de Dios humanado, Pontífice redentor de la humanidad, con el concurso de María hecha ya Madre suya.

2. *Vida divino-humana de glorificación y redención de Cristo*

En la encarnación, la maternidad de María, humana al Hijo de Dios y con su humanación el Dios-Hombre, Jesucristo, queda constituido en Cabeza, Sacerdote y Redentor de los hombres, y comienza su obra salvadora cifrada en la glorificación de Dios por los hombres y de los hombres en Dios, que tiene ya verificación sublime en la misma unión hipostática y tendrá su pleno cumplimiento en la reconciliación de todos los hombres con Dios por su vida redentora. Esta obra de glorificación divina en la redención de la humanidad y con la humanidad redimida, es la obra de Jesús desde el momento de la encarnación hasta el siempre de la eternidad. Nos cerciora la Revelación que el Hijo de Dios "al entrar en este mundo, dijo: *No quisiste sacrificios y holocaustos, pero me has preparado un cuerpo... Heme aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.* (Heb. 10, 5-7). Es la oblación sacerdotal y victimal de Jesús que se consumará en el sacrificio de su Pasión y Muerte, pero que abarca toda su vida redentora y constituye su más profunda significación.

La miopía antropocentrista de esta hora, dificulta la captación del sentido teocéntrico y divinizador de la Encarnación. Cristo es presentado y visto en condiciones y con un cometido casi meramente humanos. Su misión sería restaurar y promover los valores naturales del hombre. No puede extrañar que hasta se hable de "un cristianismo sin religión". Se olvida que en el plano mismo de naturaleza, la religiosidad es la dimensión más esencial y más alta del hombre y que, aun alcanzando todos los bienes que en la tierra le son alcanzables, el hombre se malogra sin su logro ultraterreno y divino (Cf. Mt. 16, 26). No hay duda que la salvación del hombre por Cristo incluye, sobrevalorados, todos sus verdaderos bienes de naturaleza; pero los asegura, como es justo, en subordinación y dependencia de sus bienes divinos naturales y sobrenaturales, incomparablemente superiores. Cristo realiza una redención del hombre, de arriba abajo, con todas las exigencias de la escala divino-humana de valores (15). Las *bienaventuranzas* expresan la orientación auténtica de la salvación cristiana. La encarnación es humanísima, pero lo es de un Dios que salva a los hombres devolviéndoles a una amistad divina y divinizadora. En la medida en que se desdiviniza la redención humana, se propende a desdivinizar al mismo Cristo. Así lo están acreditando las nuevas cristologías

(15) Cf. Mt. 6, 19-34; Rom. 8, 18-25; Flp. 3, 7-11.

en boga (16). El Verbo, al humanarse, no deja de ser imagen susbtancial del Padre y esplendor de su gloria (Cf. Heb. 1, 3). Para serlo a través de la naturaleza humana, se humanó. Por eso Juan testimonia que, así humanado, vieron su gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn. 1, 14). El que fue siempre la personificación de la gloria divina, se hace por la encarnación, glorificador humano de Dios. Toda su vida divino-humana, causativa de la redención de los hombres, es esencialmente teocéntrica, latréutica, religiosa.

La función de sacerdote y liturgo es incesante en Cristo, en todo el transcurso de su vida y de su misión en la tierra. Complacer al Padre, hacer la voluntad del Padre, dar a conocer y glorificar al Padre es el intento y el aliento de su vida (17). Esta glorificación no la realiza "gloriosamente" en la ostentación de su divinidad, reservada a excepcionales manifestaciones milagrosas, sino "encarnadamente" es decir, en las condiciones más comunes de la vida humana, vividas cara a Dios, en actitud reverencial y amorosa, en constante captación de las complacencias divinas sobre los hombres, en oblación incesante que culminaría en su total victimación sacrificial. Como es cierto que Cristo nunca fue meramente hombre, lo es que ninguna acción o vivencia de su vida fue meramente humana. Todo su vivir humano lo era de Dios-Hombre, de Redentor de los hombres, de unificador de los hombres con Dios. Vivió divinamente todas sus situaciones humanas, sobre todo las más insignificantes y penosas, para virtualizarlas divinamente y hacerlas vivibles divinamente por todos los hombres. Toda la multiplicidad de sus actuaciones estaba unificada en esta motivación y en esta efectividad comunes y constantes de glorificación divina en la realización de la salvación de los hombres. Llegada la hora de volver al Padre, con la ofrenda martirial de su vida, Jesús resume su ejecutoria cumplida: "Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar" (Jn. 17, 4) (18).

3. *Solidaridad religiosa-salvífica de María con Cristo*

La razón de ser de María fue ser Madre de Jesús, y la razón de su ser y de su obrar maternal fue el ser y el obrar de Jesús. La misión maternal de María está definida por la misión de su Hijo. Ella fue para que

(16) Cf. GALOT, *Hacia una nueva cristología,* Bilbao, Mensajero, 1971; BANDERA, *La Iglesia ante el problema de la liberación,* Madrid, BAC, 1975, pp. 318 ss.

(17) Cf. Jn. 3, 13; 4, 24-26, 32, 39; 12, 49-50; 17, 22-23.

(18) "Mientras vivió en la tierra, no sólo anunció el principio de la redención y declaró inaugurado el Reino de Dios, sino que se consagró a procurar la salvación de las almas con el continuo ejercicio de la oración y del sacrificio, hasta que se ofreció en la Cruz, víctima inmaculada para limpiar nuestra conciencia de las obras muertas y hacer que tributásemos un culto verdadero a Dios vivo". (Pío XII, *Med. Dei,* Introd.)

Él fuera, y para todo lo que Él debía de ser. Ella es, vive y obra para todo lo que es, vive y obra su Hijo divino. Un *vínculo maternal indisoluble* solidariza a la Madre con el Hijo (19). El Concilio Vaticano II declara así esta solidaridad: "María, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra del Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente" (20).

Fue una aceptación maternal para que el Hijo de Dios se hiciera hombre y para que, humanado, fuera Cabeza, Sacerdote y Redentor de los hombres. Por lo primero, se convertía en Madre de Dios; por lo segundo en Madre del Cabeza-Sacerdote-Redentor de la humanidad, funciones inherentes a la naturaleza humana asumida y, por ende dependientes de la maternidad de María, que para esas funciones salvíficas le humanaba. Aceptación, por tanto, que la convirtió no sólo en Madre divina, sino en Madre espiritual, sacerdotal y corredentora de los hombres, en cooperación soteriológica dependiente, subordinada y servicial de la obra salvadora del Hijo (21). Para todo ello María era llena de gracia, por redundancia sobre ella de la gracia infinita de Jesús. Plenitud de gracia que la capacitaba y la dignificaba para su maternidad divina y que la capacitaba y la dignificaba a la vez para las funciones de su maternidad espiritual salvífica consecuente. Ante todo, para la que venimos considerando, que es su participación en la actitud y actuación primordial y prevalente del Hombre-Dios, desde el inicio mismo de su sacerdotalidad redentora en la Encarnación.

(19) Cf. LG. n. 53; Pío XII, *Munificentissimus Deus, Doc. Mar.* n. 809; *Credo del Pueblo de Dios,* n. 15.

(20) LG. n. 56.

(21) Sobre la asociación de María con Cristo en razón de su maternidad divina, hemos disertado en nuestros escritos, *La maternidad espiritual de María,* en *Est. Mar.,* 31, 1944, 68-162; *María, Madre corredentora,* en *Est. Mar.,* 7, 1948, 145-196.

Sobre la intervención de la maternidad divina en el Sacerdocio de Cristo, razonaba el Card. GOMÁ: "Todo el ser de María tiene su razón de ser en su divina maternidad, y toda su maternidad se ordenaba a la formación de un Sacerdote que lo sea... por su misma generación temporal. Porque la razón teleológica de la generación temporal es la redención por la ofrenda sacerdotal de sí mismo como Víctima. Y de tal manera debió formar Dios cuerpo y alma de María Santísima que fuere verdadera Madre sacerdotal del Sacerdote eterno..." (*María Santísima,* I, pp. 144-145).

Madre de la divina esperanza

El *Ecce venio* ya recordado, de Cristo, fue precedido y luego siempre acompañado por el *Ecce ancilla Domini* de María. La orbitación en Dios, ya comentada, de la Virgen Inmaculada predestinada para Madre divina, se potencia incomparablemente por la entrañable unión más teologal que física, de su vida con el Hijo de Dios hecho ya su Hijo. El descenso fecundante del Espíritu Santo sobre ella para la obra de la Encarnación, fue ya en ella presencia santificante y fecundadora permanente para el ejercicio de su maternidad divina en servicio del Hijo y de su obra (22). El Espíritu Santo identificaba a María con Jesús en el anhelo operoso de la glorificación divina, mientras la unía con Él de corazón y de vida en su obra salvífica. En la aceptación y en la ofrenda de su Hijo como Redentor, se ofrendaba a sí misma como Madre corredentora. Esta actitud glorificativa divina en la oblación del Hijo y de sí misma con Él, fue el contenido íntimo, la verdad vital de María en toda su vida de Madre. El proceso de su convivencia maternal, iluminada de fe y transida de amor, de todas las condiciones y situaciones en que se fue desenvolviendo la vida de Jesús, desde su concepción y nacimiento hasta el Calvario, fue el cauce de la vida teologal y religiosa de María, sintonizada con la de su divino Hijo (23).

Felizmente, María misma, portadora en su seno materno del Hijo de Dios, acredita con elocuente testimonio la certidumbre de nuestras adivinaciones teológicas. El *Magnificat* es la expansión en canto jubiloso, de la vivencialidad religiosa y teologal de María. De la abundancia de su corazón desborda el reconocimiento agradecido al Dios omnipotente, santo y misericordioso que ha obrado en ella la obra grandiosa de la humanación de su Hijo, para la salvación de todas las generaciones humanas. Su alma *engrandece al Señor y exulta su espíritu en Dios, su salvador* (su *Jesús*) (Cf. Lc. 1, 46-50). ¿Será excesivo pensar que este engrandecimiento del Señor y esta exultación en Dios era constante en el corazón de María, como era constante e indefectible su motivación? Isabel, llena del Espíritu Santo, la proclama bienaventurada por la fe con que había facilitado la realización en ella del plan salvador divino.

Madre con su divino infante

Se fueron cumpliendo los días de su esperanza maternal y María "dio a luz a su Primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre"

(22) Cf. MC. n. 26; H. M. BONAMY, *La Vierge Maria et le Saint Esprit,* Paris, Lethielieux, 1971.

(23) "Conocedora de sus consejos y de sus secretos intentos, debe decirse que vivió la vida misma del Hijo". (Pío X, *Ad diem illum. Doc. Mar.* n. 486.

(Lc. 2, 6-7). Mientras sus manos maternales acogían y abrazaban a su Hijo en su condición de verdadero hombre, sus manos teologales de fe, de amór y de esperanza, lo acogían y lo abrazaban en su no menos verdadera condición de Dios. Baste decir en elogio de esta maternidad acogedora de María, que fue digna del Hijo acogido. Centrada en Él, pendiente de Él, maternalmente absorbida por Él, *enjesusada,* por decirlo de una vez, irá viviendo sus incumbencias de Madre. Lucas nos informa reiteradamente, que "María guardaba y meditaba en su corazón todo lo que se refería" a Jesús (Lc. 2, 19; ib. 51). El himno de los ángeles que proclamaba la gloria de Dios en las alturas y la paz en la tierra para los hombres, amados de Dios (Lc. 2, 13-14), tuvo sin duda mayor resonancia en el corazón de la Virgen que en el ánimo de los mismos ángeles cantores. Esta gloria divina y esta paz de los hombres la personificaba y la realizaba, aunque silenciada en su mudez infantil, su Hijo divino, y de Él derivaba en concordancia inefable a su corazón maternal. Quizás también a sus labios, en los sucesivos *Magnifcat* que sin duda entonaba, no referidos, aunque sí aludidos, como vimos por San Lucas. ¡Qué sublime sinfonía admirativa, reverencial, laudatoria, oferente, deprecativa, la que se elevaba del espíritu de María en el asombrado ensayo de sus solicitudes maternales! Una de especial impacto emocional fue la ritual y obligada de la circuncisión e imposición del nombre de *Jesús,* que había sido elegido por Dios y le había sido anunciado por el ángel "antes de ser concebido en su seno" (Lc. 2, 21). ¡Cómo le nombraría con Él, María, la primera vez que le nombró! ¡Cuántas veces se lo repetiría y con qué nuevos y misteriosos acentos le sonaría cada vez que le nombraba! Cada llamada le descubriría más amplios significados de su infinita significación (24).

Sentido providencial de la Presentación

Pablo VI comenta en *Marialis Cultus* con honda penetración, el alcance que tuvo para el Niño redentor y para María su Madre, el episodio de la Presentación de Jesús en el tempo. Es una página que no sabríamos mejorar y que nos place reproducir:

(24) Aunque sólo fuera por evocar aquellas inefables impresiones en los oídos y en el alma de María del *nombre* de Jesús, merecía haber permanecido la fiesta *Sanctissimi Nominis Jesu,* ahora suprimida. La Iglesia se apropiaba las vivencias más íntimas de María cuando cantaba:

Jesu, decus angelicum — in aure dulce canticum — in ore mel mirificum — in corde nectar coelicum.... Jesu, flos Matris Virginis — amor nostrae dulcedinis — tibi laus, honor nominis — regnum beatitudinis. (*Himno de Laudes.* No menos bèllos son los de Vísperas y Maitines.)

"La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, ha vislumbrado, más allá del cumplimiento de las leyes relativas a la oblación del primogénito (cf. Ex. 13, 11-16) y de la purificación de la madre (cf. Lev. 12, 6-8) un misterio de salvación relativo a la historia salvífica: esto es, ha notado la continuidad de la oferta fundamental que el Verbo encarnado hizo al Padre al entrar en el mundo (cf. Heb. 10, 5-7); ha visto proclamada la universalidad de la salvación, porque Simeón, saludando en el Niño la luz que ilumina las gentes y la gloria de Israel (cf. Lc. 2, 32), reconocía en Él al Mesías, al Salvador de todos; ha comprendido la referencia profética a la Pasión de Cristo: que las palabras de Simeón, las cuales unían en un solo vaticinio al Hijo, "signo de contradicción" (Lc. 2, 34) y a la Madre, a quien la espada habría de traspasar el alma (cf. Lc. 2, 35), se cumplieron sobre el Calvario. Misterio de salvación, pues, que el episodio de la Presentación en el Templo orienta en sus varios aspectos hacia el acontecimiento salvífico de la Cruz. Pero la misma Iglesia, sobre todo a partir de los siglos de la Edad Media, ha percibdo en el corazón de la Virgen que lleva al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor (cf. Lc. 2, 22), una voluntad de oblación que trascendía el significado ordinario del rito. De dicha intuición encontramos un testimonio en el afectuoso apóstrofe de San Bernardo: "Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa, agradable a Dios" (25).

En la epifanía del Hijo

Recordemos también la sorprendente y misteriosa visita de "los magos venidos de Oriente". Guiados de la estrella que les había revelado en el nacimiento de Jesús el del Rey Salvador de los judíos, llegaron "con grandísimo gozo" y entrando a la casa "vieron al niño con María, su madre, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron como dones, oro, incienso y mirra" (Mt. 2, 11). Para la escrutadora e iluminada inteligencia de María, todo este acontecimiento, tan maravilloso en su motivación y tan rico y tan hondo en su simbolismo, y cuyo centro era su Hijo que le fue anunciado *como rey eterno en el trono de David,* debió ser de gran relevancia religiosa y salvífica. La adoración y las ofrendas de los magos reavivaron las suyas a su Niño, rey de su corazón, y con Él al Padre eterno que, por medio de ella, lo mostraba y lo daba a la humanidad. Pemán dice, ingenioso, que "para María aquella fue probable y simplemente la primera *noche de Reyes* de la historia" (26). Nosotros pensamos con menos ingenio y más verdad que aquel día fue para María la primera fiesta de la epifanía de Jesús a la gentilidad.

Providencialmente prevenidos, los magos retornaron a su país, burlando la cruel astucia de Herodes; y José y María salvaron al Niño huyendo a Egipto. Éxodo y destierro soportados por el Hijo, para el

(25) MC. n. 20.

(26) J. M.ª PEMÁN, *Lo que María guardaba en su corazón,* Madrid, Rialp, 1967, p. 71.

Hijo y con el Hijo. Un acaecimiento vulgar de emigración familiar en su apariencia. Un episodio del drama salvífico que Jesús, María y José estaban ejecutando con fiel arreglo a la trama divinamente preordenada. Todo era teología en aquella historia. La causa de Dios y de los hombres se estaba decidiendo en aquellas vidas regida por altísimos móviles divinos.

Divina trascendencia de Nazareth

Y siguieron los años de Nazareth, tanto más justificados y significativos ante Dios, cuanto más carentes de explicación y de significación humana. María observaba feliz que el Niño "crecía y se fortalecía, y la gracia de Dios estaba en Él" (Lc. 2, 40). Esta etapa del desarrollo de Jesús hasta su plena madurez humana y la más larga en que vivió, ya en magnífica adultez, la existencia laboriosa de un hombre y de una familia cualquiera, llenó una exigencia muy importante del plan redentor divino. En la bendita convivencia familiar del humilde hogar de Nazareth y en las simples tareas de un modesto taller artesano, Jesús, el Hijo humanado de Dios, María su Madre virginal, José, esposo de María y padre providencial de Jesús, regeneraban con su pobre historia humana, divinamente vivida, la historia de la humanidad, cuyo rescate para Dios era su altísimo quhacer en medio de tan vulgares quehaceres. La vida familiar nazaretana era una previa realización vivida del mensaje evangélico de las bienaventuranzas, que revelaría el nuevo valor salvador aportado por Cristo a la vida humana. Nazareth significa que el Evangelio vivido a la vista complacida de Dios en tantos años de vida humanamente intrascendente, fue de más prestancia para la redención humana que el Evangelio predicado en los pocos años de la vida pública. Estemos seguros de que ni un solo instante de la vida de Jesús pudo estar mejor empleado de como lo estuvo, en la sapientísima valoración divina. Nazareth significará también, para siempre, que la vida humana, tal cual es, vivida como la sagrada familia la vivió, es vida divinizadora y salvadora (27). Nazareth fue templo de glorificación divina y de santificación humana (28). Jesús quiso confirmar este profundo sentido divino de su anonimato nazaretano, con el episodio singular del desligamiento de sus padres en el viaje anual a Jerusalén, a sus doce años, y con la declaración, al ser encontrado en el Templo de que su vida era establecer el reino de su Padre. Hazaña mesiánica y redentora cumplida a costa del propio sufrimiento filial y del sufrimiento recíproco de sus padres. Una dura aportación a la cuenta penal que había de llevarle hasta el holocausto de su vida.

(27) Cf. *Himno de Laudes,* Fiesta Sgda. Familia, estrofas 2a y 5a.

(28) "El espíritu interno de piedad y de oración no interrumpida transformaba en un santuario la humilde casita de Nazareth". (J. M.ª BOVER, *Vida de Ntro. Señor Jesu-Cristo,* Barcelona, 1956, p. 277.)

Evangelizadora maternal

Terminó la cosecha de Nazareth y comenzó la sementera de la Buena Nueva con la predicación de Jesús y la revelación de su mesianidad salvadora. En este comienzo está *Caná.* En Caná, refiere Juan, "estaba María la Madre de Jesús. Estaba también invitado a la boda Jesús con sus discípulos". Participando en el festín de aquella boda, Jesús está con su corazón en la verdadera boda que Él preparaba para la humanidad, hecha esposa suya en su Iglesia. María, acostumbrada a captar maternalmente los sentimientos de su Hijo, intuyó certeramente su anorante aspiración de la fe que hará suya a la humanidad. Esta fe la posee ella con plenitud maternal, con plenitud fontal que la hace verdadera Madre de todos los creyentes. El anhelo del corazón del Hijo se hace incontenible en el suyo y le inspira que debe incitarle a desbordarlo. ¡Qué buena oportunidad la transformación del agua en vino, para la gran transformación de los hombres que se ha de operar en los creyentes de su Hijo! Y Jesús, impulsado por su Madre, realizó en Caná de Galilea su primer milagro "y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos" (Jn. 2, 11).

Caná nos da la clave de la presencia de María en la obra evangelizadora de Jesús (29). Independientemente de más o menos presencias materiales, convive maternalmente cuanto Jesús enseña y hace para la instauración del reino de Dios. La que encarnó maternalmente a la Palabra de Dios para comunicarla al mundo ¿cómo podría no estar maternalmente empeñada en que el mundo la oiga y la crea? Sigue siendo la acogedora y la difusora maternal de la Verdad salvadora de Dios. A la hora del Evangelio, María, la Madre del Maestro divino, fue por su docilidad de discípula y por su fe de creyente, la Madre de sus discípulos. Su maternidad del divino Evangelizador la hace verdadera Madre evangelizadora. Convive maternalmente el celo de gloria divina y de redención humana del Hijo (30).

(29) "En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio, cuando en las bodas de Caná de Galilea, movida de misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías". (Conc. Vat. II. LG. n. 58.)

(30) Sabidas son las dificultades de interpretación *literal* que plantea el relato del milagro de Caná. (Cf. PEINADOR, *Los temas de la Mariología bíblica,* Madrid, Coculsa, 1963, pp. 153 ss. Bibliografía en pp. 29-31.) El sentido soteriológico que nosotros le damos, está en la línea exegética de BRAUN, *La Mère des fidèles,* Paris, Casterman, 1954, pp. 71 ss.; y de WEBWE, *La Vierge Marie dans le Nouveau Testament,* Paris, 1951, pp. 86 ss.; etcétera.

II. El Hijo y la Madre en el calvario

1. *La victimación redentora de Jesús*

En cumplimiento del plan eterno divino, el Hijo de Dios asume la vida humana para ofrendarla en sacrificio de glorificación de Dios y de salvación de los hombres. Esta hora de la Cruz, preside la existencia de Jesús desde el momento de la Encarnación. Él la llama "mi hora" porque es a la que se ordena y en la que converge y en la que culmina toda su vida. "El Hijo del hombre... ha venido a dar su vida como expiación por todos" (Mc. 10, 45). El anonadamiento de la muerte victimal, con la exaltación gloriosa de la Resurrección, es el destino de Jesús. Toda su vida está acorde con esta destinación. El misterio de la cruz, con su arcana sabiduría, ilumina la cueva de Belén y el taller de Nazareth. Ilumina también la automanifestación de Jesús en su magisterio y en su comportamiento evangelizador. Jesús es el verdadero Mesías profetizado y esperado; pero su mesianidad verdadera no es la que el pueblo judío había fingido y mitificado. Sus mismos discípulos, cuando ya habían llegado a reconocerle como Mesías, según comprueba la confesión de Pedro en Cesárea, seguían manteniendo las falsas ideas corrientes sobre su mesianidad. Jesús estima llegado el momento de desvanecer sus desviadas suposiciones, manifestándoles en toda su tremenda realidad el verdadero mesianismo de su Cruz. "Desde entonces, refiere Mateo, comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes, de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar" (Mt. 16, 21). La resistencia de los discípulos a la comprensión y a la aceptación de este sentido fundamental de la mesianidad de Jesús, fue tan repulsiva, tan obcecada y tan persistente, que sólo cederá del todo después de Pentecostés (31). La hostilidad extrema de los directivos judíos a este mesianismo de amor, abnegación y cruz con salvación ultraterrena, los llevará a decretar la eliminación de Jesús con la muerte más ignominiosa.

Jesús no rehuye el desenlace de esta trama criminal que facilita los designios salvadores del Padre y a la vez la presión más profunda de su gracia redentora, la aspiración más entrañable de su alma. "Tengo que recibir un bautismo ¡y cómo me siento constreñido hasta que se cumpla" (Lc. 12, 50). Cuando la amenaza de este cumplimiento es más peligrosa, Jesús va decididamente a su encuentro. Narra Lucas que "tomando aparte a los doce les dijo: "Mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas del Hijo del hombre, que será entregado

(31) Cf. 16, 22 ss.; 17, 22; Lc. 9, 44-45; 20, 31-34.

a los gentiles, y escarnecido e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía" (Lc. 18, 31-34).

Jesús, en cambio, lo entendía en toda la infinita significación del designio salvador divino en su máxima exigencia y consumación. Era la hora providencial suprema del curso del mundo y de la historia de la humanidad, porque era la hora del amor supremo:

a) hora del amor supremo del Padre a su Hijo muy amado que se extrema hasta esta extrema exigencia. "... *Yo pongo mi vida por mis ovejas... Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo... Tal es el mandato que del Padre he recibido*" (Jn. 10, 15, 17, 18);

b) hora suprema del amor del Hijo humanado al Padre, que le lleva a esta comprobación insuperable de amor. "*Conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago*" (Jn. 14, 31).

c) hora suprema del amor del Padre y del Hijo a los hombres; pues el del Padre no puede ser mayor que el de entregar a la muerte por ellos a su Hijo; y el del Hijo tampoco puede ser mayor que el de dar su vida para librarles de la muerte temporal y eterna y darles vida feliz e inmortal. "*En esto está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo,* víctima expiatoria por nuestros pecados" (1 Jn. 4, 10). "*Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros*" (Rom. 5, 8; Cf. Rom. 8, 29). "*Nadie tiene mayor amor que éste de dar uno la vida por sus amigos*" (Jn. 15, 13). "*Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo?*" (Rom. 8, 34-35). "*Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave*" (Ef. 5, 2) (32).

d) hora suprema del amor de los hombres a Cristo y a Dios, entrañados en el Corazón del Redentor y asumidos y cautivados por su amor. "*Como el Padre me amó yo también os he amado. Permanecer en mi*

(32) Comenta Pío XII: "El amor de Jesucristo, Hijo de Dios, revela en el sacrificio del Gólgota, del modo más elocuente, el amor mismo de Dios: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dio su vida por nosotros* (1 Jn. 3, 16). Cierto que nuestro divino Redentor fue crucificado más por la vehemencia interior de su amor que por la violencia exterior de sus verdugos: *su sacrificio voluntario* es el don supremo que su Corazón hizo a cada uno de los hombres, según la conocida expresión del Apóstol: *me amó y se entregó a sí mismo por mí*". (*Haurietis aquas,* n. 20. Col. Enciclicas, A.C.E. Madrid, 1961, I, p. 1197.)

amor" (Jn. 15, 9). "*Yo les di a conocer tu nombre para que el amor con que tú me amas esté en ellos y yo en ellos*" (Jn. 17, 26). "*En todas esas (dificultades) vencemos por aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que (nada) podría arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús*" (Rom. 8, 37, 39) (33).

Por ser la hora del amor supremo, lo es también de la glorificación suprema:

a) de la glorificación suprema del Hijo por el Padre y del Padre por el Hijo. "*Es llegada la hora en que el Hijo del hombre será glorificado... Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, glorifica tu nombre. Llegó entonces una voz del cielo: Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré*" (Jn. 12, 23, 27-28). "*Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna. Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me mandaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese.*" (Jn. 17, 1-5.)

b) de la glorificación suprema de los hombres por el Padre y por el Hijo. "*El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados... Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así de la tierra como las del cielo.*" (Col. 1, 13, 19-20.) "*Dios que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo... y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús*" (Ef. 2, 4-7).

c) de la glorificación suprema del Padre y del Hijo por los hombres, ganados por la cruz para Cristo y para Dios. "*Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí*" (Jn. 12, 32). "*En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y así seréis mis discípulos*" (Jn. 15, 8). "*Y todas las criaturas que existen en el cielo y sobre la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos*" (Ap. 5, 13).

En resumen. La Pasión y la Muerte de Cristo es la manifestación suprema del amor del Padre y del amor de Cristo que deriva en la glorificación suma de Dios, de Cristo y de los hombres. Cristo, constituido sacerdote y mediador entre Dios y los hombres desde la Encarnación, realiza su actuación máxima sacerdotal con la ofrenda amorosa y obediente de su vida en la cruz, glorificando infinitamente a Dios; reconciliando y uniendo con Él a los hombres, mereciendo su exaltación gloriosa de Hombre Dios, eternizado en su Sacerdocio, y la coheredad de su gloria por todos los hombres. (Cf. Heb. 5, 7; 7, 26; 9, 14; Flp. 2, 8-11).

(33) Suele decirse que este amor es el de Cristo a nosotros; pero si nos hace *invencibles en ser suyos,* es también nuestro amor hacia Él.

2. *Compasión sacrificial de María*

A. *Consacrificio maternal*

El Evangelio nos acredita que junto a la Cruz de Jesús estaba María, su Madre (Jn. 19, 25). Tenía que ser así. En la predestinación eterna y en la verificación temporal de esa predestinación, la misión del Hijo de Dios humanado condicionaba la de su Madre. María había de convivir como Madre la hora suprema de su Hijo. Al aceptar el destino del Hijo a la pasión y al dolor, había aceptado la suya a la compasión y a la condolencia. La maternidad que la vinculaba a la vida humana y divina de Jesús, la vinculaba a la vez y por lo mismo a su vida dolorosa. La predestinación al Hijo era predestinación a su Cruz.

La Compasión es la Pasión misma del Hijo convivida o consufrida maternalmente por María. La maternidad no sólo destinó a María a la Compasión, sino que causó su Compasión. La pertenencia e identificación que la maternidad crea entre la Madre y el Hijo es la que los identifica en el dolor, la que causa la vital condolencia maternal que hace vivir o padecer a la Madre en su corazón, el padecimiento mismo que el Hijo sufre en su cuerpo. Por ser suyo el Hijo, es suyo su dolor, y más suyo y, sobre todo, más vivo que si lo pasara en su propia carne. Como quiera que se contemple esta identificación condoliente del Hijo y de la Madre, es siempre la maternidad su explicación. La connaturalidad divina del ser maternal con el ser divino del Hijo, la connaturalidad también divina por la gracia llena, duplicado viviente en María de la de Jesús, que la configura inefablemente con Él; la connaturalidad humana entre ellos, superior, aun físicamente, a cuantas caben entre hijos y madres; la unión, la fusión de corazones, la transformación de amor, la mutua inhesión amativa, el amante vivir extático de María en Jesús, la identidad de su más íntima psicología: de su sensibilidad, de su afectividad, de su emotividad, de sus sentimientos, de su pensar, de su querer, de sus intenciones y aspiraciones; la mutua simpatía admirable; la repercusión vital misteriosa que comunicaba siempre sus vidas; la total coincidencia y convivencia; toda, en fin, su identificación indescriptible, de la maternidad procedía y

por la maternidad hacía ahora, de la Pasión, Compasión, del sacrificio, consacrificio, de la muerte del Hijo, conmuerte de la Madre (34).

Resaltemos esta significación corredentora de la Compasión de María. La maternidad la destinaba al Hijo en razón de los fines redentores del Hijo. Su destino era servir maternalmente al Hijo en su vida y en su obra. Subió al Calvario porque subió el Hijo y para lo que subió el Hijo. No la condujó allí su maternidad ni la sumió en el mar de los dolores del Hijo con otro fin que el de esos mismos dolores. La Compasión era participación maternal de la Pasión, porque era participación maternal en la obra de la Pasión. Cristo como Cabeza y vivificador de la humanidad (que le había incorporado maternalmente María en la encarnación) compensaba los pecados y ganaba la vida divina de los hombres con la ofrenda de su propia vida en sacrificio de glorificación y de propiciación ante el Padre. María, Madre de los hombres desde la encarnación por la función regeneradora de su maternidad divina, hacía suya esa inmolación del Hijo para acabamiento de nuestra convivificación en Él, y se inmolaba a sí misma como Madre para nuestra plena regeneración como hijos suyos.

De este modo, María, con su Compasión al lado de su Hijo crucificado, en el Calvario lleva a su consumación su *Fiat* de Nazareth, satisfaciendo el designio divino que requería su consentimiento, su apropiación y su coofrecimiento maternal en el sacrificio del Hijo. El Sacrificio de Jesús había de ser y fue a la vez, el sacrificio maternal de María.

Comprobación magisterial. Aunque la finalidad soteriológica universal de la maternidad divina de María hace enteramente coherente su intervención maternal en la actuación redentora suprema de su Hijo, y aunque esa intervención esté confirmada por la presencia de María en el Calvario, es muy importante en este sumo hecho y misterio de nuestra salvación, la interpretación de la Iglesia, que nos supedita abundantemente el Magisterio.

El Concilio Vaticano II enseña:

> "La Santísima Virgen... mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, permaneció de pie sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado..." (35).

El mismo Concilio asevera:

> "La Santísima Virgen... padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia" (36).

(34) Cf. M. LLAMERA, *María, Madre Corredentora,* pp. 172-173. (Cf. nota 21.)
(35) LG. n. 58.

León XIII había escrito:

> "Por lo demás, en su presencia, ante sus ojos, debía cumplirse el divino sacrificio, cuya víctima había alimentado generosa de sí misma, y lo más conmovedor: *de pie, junto a la cruz de Jesús, estaba María,* su Madre, la cual, penetrada de un amor inmenso hacia nosotros, por hacernos sus hijos, ofreció ella misma a su propio Hijo a la justicia divina, conmuriendo con Él en su corazón, atravesado por una espada de dolor" (37).

Benedicto XV atestigua y comenta:

> "Los doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, cuando estuvo presente a su muerte y crucifixión, no lo estuvo sin divino designio En efecto, de tal modo padeció y casi conmurió, con el Hijo paciente y muriente, de tal modo abdicó los derechos sobre el Hijo y, en cuanto dependía de ella, lo inmoló para aplacar la justicia divina, que se puede afirmar con razón que redimió con Cristo al género humano" (38).

Pío XI confirma:

> "La benignísima Virgen Madre de Dios, habiéndonos dado y criado al Redentor, y ofreciéndolo como hostia en la cruz, fue y es llamada Reparadora, por su misteriosa unión con Cristo y por su gracia del todo singular" (39).

Pío XII en sentencia densa de doctrina y bella de expresión:

> "Ella fue la que, libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció, como nueva Eva, al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la que era Madre corporal de nuestra Cabeza, fuera por un nuevo título de dolor y de gloria, Madre espiritual de todos sus miembros" (40).

Pío XII en la misma mente:

> "Ha sido voluntad de Dios que en la obra de la Redención humana la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo;

(36) LG. n. 61.
(37) *Jucunda semper. Doc. Mar.* n. 412.
(38) *Inter sodalicia. Doc. Mar.* n. 556.
(39) *Miserentissimus Redemptor. Doc. Mar.* n. 608.
(40) *Mystici Corporis. Doc. Mar.* n. 713.

tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales estaban íntimamente unidos el amor y los dolores de su Madre" (41).

Pablo VI ampliando el eco del Concilio:

"Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la redención alcanza su culminación en el Calvario, donde Cristo "a sí mismo se ofreció inmaculado a Dios" (Heb. 9, 14) y donde María estuvo junto a la Cruz, "sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado" y ofreciéndola ella misma al Padre eterno" (42).

B. *Condición sacerdotal de María*

María convivió y consufrió el Sacrificio de Cristo en el Calvario. La inmolación del Hijo, comportaba la coinmolación de sí misma como Madre. Es claro que en la propia oblación victimal de la Cruz, Cristo actúa como Sacerdote de la humanidad en el más alto y pleno ejercicio de su sacerdocio (Cf. Heb. 5, 8-9; 7, 27; 9, 14-15). Esto hace pensar que el consacrificio maternal de María sea, por parte de ella, una verdadera actuación consacerdotal; es decir, que María poseía una verdadera condición y capacidad sacerdotal que ejerció al summum en su consacrificio maternal del Calvario (43). ¿Es fundada la atribución a María de este sacerdocio? En otras ocasiones lo hemos defendido así (44), como lo hacen otros muchos teólogos (45). Nos agradaría poder dilucidar de nuevo y

(41) *Haurietis aquas.* Col. Enc. A.C.E.I., p. 1208. (Cf. nota 32.)

(42) *Mar. Cult.* n. 20. Cf. Pío X. *Ad diem illum. Doc. Mar.* n. 488; León XIII, *Quamquam pluries, Doc Mar.* n. 266; Pío XII, *Aloc., Osserv. Rom.* 1 dic. 1933. Sobre los testimonios pontificios, Cf. Llamera, *María, Madre Corredentora,* p. 168.

(43) Escribe el P. Sauras: "María intervino en el sacrificio del Calvario; y lo hizo no sólo materialmente, haciéndose presente y padeciendo, sino también sacerdotalmente, ofreciendo al Padre lo que allí se estaba realizando y ofreciéndolo con un poder sagrado y una representación que había recibido para ello. Su intervención no se limitó al ofrecimiento de la víctima que era el Hijo; se ofreció a sí misma con Él. Y los fines con los que lo hacía eran auténticamente sacrificiales...". (*María y el sacerdocio,* en *Ministerio y carisma,* Valencia, 1975, p. 82.)

(44) En *María Madre Corredentora,* pp. 166-67 y pp. 173-74; *El problema del sacerdocio de María.* Extracto de Conferencia. *Boletín del Instituto del Bto. Juan de Avila,* León, agosto 1954.

(45) Cf. Card. Gomá, *La Virgen y el sacerdocio católico,* en *María Santísima,* I, pp. 135-176; J. M.ª Bover, *María Mediadora universal,* Madrid, 1946, pp. 341-354; E. Sauras, *María y el sacerdote,* en *Est. Mar.,* 13, 1953, 143-172; Íd., *María y el sacerdocio,* en *Ministerio y carisma,* Valencia, Anales valencianos, 1975, 75-117; Basilio de San Pablo, *Los problemas del sacerdocio y del sacrificio de María,* en *Est. Mar.* 11, 1951, 141-200; J. de Aldama, *El magisterio eclesiástico en el problema de la corredención,* en *Est. Mar.,* 1958, 45-75; J. Esquerda, *Teología de la espiritualidad sacerdotal,* Madrid, BAC, 1976, pp. 241-242; D. Bertetto, *De marialis sacerdotii natura,* en *Maria et Ecclesia.* Vol. 7, pp. 101-189; J. Goicoechea, *El sacerdocio de la Virgen María y el sacerdocio de Jesucristo,* en *Maria et Ecclesia,* Vol. 7, pp. 191-206; R. Mascharenhas Roxo, *Virgo Maria gaudet, ex sua maternitate, eminentiori participatione in Sacerdotio Christi,* en *Maria et Ecclesia,* vol. 7, pp. 351, 364; S. Matellan, *Influjo de María en el sacerdocio jerárquico,* en *Ecclesia et Maria,* Vol. 7, pp. 219-269; A. Vallejo, *El sacerdocio de la Santísima Virgen en su relación con el sacerdocio de los fieles,* en *Maria et Ecclesia,* Vol. 7, pp. 287-349. Cf. más amplia bibliografía en Esquerda, *o. c.,* pp. 249-250.

con la necesaria amplitud este problema teológico, pero ahora sólo nos son posibles algunas indicaciones.

1.ª *Justa orientación del problema.* Creemos que la dificultad no está en el sacerdocio de María, sino en la justa inteligencia de su peculiaridad. Hoy son comúnmente admitidos como verdaderos y a la vez como muy distintos, en su diversa significación analógica, el sacerdocio supremo y fontal de Cristo, el sacerdocio personal de todos los fieles y el sacerdocio ministerial de los obispos y presbíteros. Pensamos que se ha de admitir con toda seguridad otra condición de sacerdocio, que es el de María. Un sacerdocio singular, como singular es la naturaleza del misterio de María en su esencial relación con el misterio de Cristo y el de su Cuerpo místico.

2.ª *Dependencia esencial de María respecto de Cristo.* Recurrimos una vez más a nuestra concepción radical de la economía salvadora cristiano-mariana. María es para que Cristo sea y para lo que Cristo tenía que ser. Y, pues Cristo había de ser el Dios-Hombre, cabeza de los Hombres, María es la Madre divina que hace hombre al Hijo de Dios, incorporándole al género humano en la naturaleza que a ese fin lo confiere. María es en su ser y en su misión como una configuración viva, en su condición materna, de Jesucristo su Hijo. Porque Él es Dios, ella es Madre divina; porque Él es la Cabeza o Vivificador de los hombres, ella es Madre espiritual de los hombres. *La maternidad divina y la espiritual son a María lo que la unión hipostática y la capitalidad son a Cristo.* Como la unión hipostática y la capitalidad definen el ser y la misión de Cristo, la maternidad divina y la maternidad espiritual definen el ser y la misión de María. La maternidad divino-espiritual es su constitución esencial, su única constitución íntima (45 bis).

María es, pues, Madre de Dios en razón y virtud de la unión hipostática de Cristo, y es Madre espiritual en razón y virtud de su capitalidad. La maternidad espiritual recibe su propia naturaleza, su eficiencia y su alcance de la capitalidad de Cristo. De este modo, la misión de Jesús y de María son como la proyección de su propio ser. Y la interdependencia y analogía que los liga ontológicamente, los liga también causalmente en

(45 bis) Cf. M. Llamera, *El mérito maternal corredentivo de María,* en *Est. Mar.,* 10, 1951, 83-140, pp. 108 ss.

su actividad regeneradora. La actividad salvífica de María en cooperación con Cristo, es la actuación de su maternidad espiritual procedente de la divina, como la de Cristo es la actuación de su capitalidad, procedente de la unión hipostática. Recordemos ahora que toda misión salvífica está potenciada por una gracia correspondiente que la formaliza en su índole y la virtualiza en su función. Esta ley se verifica al máximum en Cristo y en María (46).

En Cristo, la infinita gracia habitual derivada de la unión hipostática y que se llama *gracia capital,* en cuanto vivificativa de los hombres, constituye formalmente su *capitalidad* (47). En María, la gracia llena, demandda por su divina maternidad y procedente de la infinita gracia de Cristo y que llamamos *gracia maternal* en cuanto es regenerativa de los hombres en Cristo, constituye su *maternidad espiritual.* En consecuencia de ilimitado alcance, pensamos que como la gracia *capital* de Cristo incluye y unifica todos los caracteres y virtualidades de Cristo respecto de los hombres (48) la gracia maternal de María incluye y unifica todos sus caracteres y virtualidades respecto de los hombres. Entre ellas, la importantísima de su sacerdocio y de su sacrificio maternal.

3.ª *Maternidad sacerdotal.* Son estos, en efecto, una exigencia de la maternidad plena, divino-espiritual de María. Al ser predestinada a la maternidad del Dios-Redentor, María lo fue a la donación al mundo de la Víctima redentora y a su ofrenda e inmolación en la forma preordenada por la providencia salvadora divina. Al aceptar y causar maternalmente la Encarnación para el destino victimal del Hijo, María aceptó la donación de esta Víctima; la ofreció y la inmoló ya en su corazón, y se comprometió a su entrega efectiva en la forma preordenada por la providencia salvadora. María, pues, estaba destinada a la ofrenda e inmolación de su Hijo, esto es, a la realización del Sacrificio de la Cruz por su misma predestinación maternal. Por consiguiente, su misma maternidad conlleva en María un *sacerdocio maternal,* es a saber: una deputación y una habilitación que hace suyo, como Víctima, al Verbo humanado, y la lleva a su entrega e inmolación sacrificial y, por tanto, a la ofrenda, a la vez, de sí misma como Madre, pues como ya hemos dicho, la inmolación del Hijo incluía su propia inmolación, no sólo por la maternal compartición de su dolor, sino por la esencial ordenación y cooperación de la maternidad a los fines mismos del Hijo y, sobre todo, al fin de sus fines, que era su victimación en la Cruz para la reconciliación y la regeneración de los hombres.

(46) Escribe Santo TOMÁS: "Unicuique a Deo datur gratia secundum hoc ad quod eligitur. Et quia Christus, inquantum homo, ad hoc fuit praedestinatus et electus ut esset *praedestinatus Filius Dei in virtute sanctificationis,* hoc fuit proprium sibi, ut habeat talem plenitudinem gratiae quod redundaret in omnes, secundum quod dicitur Jn. 1, 16, *de plenitudine ejus omnes nos accepimus.* Sed Beata Virgo Maria tantam gratiae obtinuit plenitudinem ut esset propinquissima auctori gratiae; ita quod eum qui est plenus omni gratia, in se reciperet, et, eum pariendo, quodammodo gratiam ad omnes derivaret". (3. q. 27. a. 5. ad 1.)

(47) Cf. 3. q. 8. a. 5.

(48) Cf. 3. q. 22, a. 1 ad 3; q. 19, a. 4; q. 48, a. 1.

Con esta ordenación, la maternidad divina de María deriva o se expande en maternidad espiritual que confirma su función de sacerdocio y de sacrificio maternal. La gracia llena maternal que constituía esta maternidad, comparte y sirve, según dijimos, las exigencias de la gracia capital de Cristo; y, por tanto, la más vehemente de ellas que era en Cristo la que le impulsaba a su inmolación (Cf. Lc. 12, 50). María la convivió con intensidad proporcional a su participación en la gracia misma de Jesús. También, pues, en ella, la más vehemente presión íntima era la inmolación y la coinmolación de la Cruz. La maternidad o gracia maternal que hacía nuestra su vida, como de Madre, la urgía con angustiosa ansiedad de alumbramiento divino al Sacrificio regenerador: a unir al de su Hijo su propio holocausto maternal para que naciésemos a la vida de hijos de Dios. Posee, pues, indudablemente María, un sacerdocio peculiar suyo: un sacerdocio maternal, originado, requerido y ejercitado en su condición de Madre de Cristo y Madre nuestra (49).

4.ª *Maternalidad del sacerdocio de María.* Todo lo dicho evidencia que el sacerdocio de María es un *sacerdocio maternal.* Lo es, en efecto:

a) Porque el sacrificio al que se ordena es el de su Hijo y el de sí misma en cuanto Madre.

b) Porque la destinación y representación sacerdotal se la confiere su misión de Madre divina y espiritual y la capacitación sacerdotal procede formalmente de su gracia maternal.

c) Por su relación con los otros sacerdocios. El de Cristo es el que le compete como Cabeza de su Cuerpo Místico; el de los cristianos es sacerdocio de miembros de Cristo; el de María es sacerdocio de Madre de Cristo y de los cristianos.

d) Por la actuación misma sacerdotal y sacrificial, que fue la que correspondía a la maternalidad de la oblación y de la victimación.

(49) La originación del sacerdocio de María la concebimos en analogía con la del sacerdocio de Cristo, del que es la más perfecta configuración. Pensamos que Cristo es sacerdote *fundamentalmente* por la gracia de unión hispostática y *formalmente* por la gracia capital. Análogamente, entendemos que el sacerdocio de María proviene *fundamentalmente* de su maternidad divina o gracia de unión maternal con el Hijo, y *formalmente* de la gracia de su maternidad espiritual, o gracia maternal. (Cf. *María Madre Corredentora,* pp. 169-170).

5.ª *Perfección del sacerdocio de María.* Es el más perfecto derivado del de Cristo e incomparablemente superior al sacerdocio ministerial. Es notoria esta superioridad:

a) Porque procede inmediatamente de su unión maternal con Cristo, que es máxima (50) y es, por ende, el más semejante al suyo.

b) Porque se ordenaba directa y principalmente al sacrificio mismo de la Cruz, mientras el ministerial se ordena a su renovación sacramental.

c) Por la realización misma sacrificial: real en el de María, mística en el ministerial.

d) Por la finalidad y eficiencia, que era en el de María la adquisición de la gracia redentora y en el ministerial es su aplicación.

e) Por la dependencia que el sacerdocio ministerial tiene del suyo maternal, puesto que:

— a la Madre divina y sacerdotal debemos el sacrificio real y único del Calvario, del que es reactualización y aplicación el sacrificio eucarístico.

— en este mismo sacrificio, como veremos, tiene María una intervención correspondiente a la que tuvo en el de la Cruz.

— el sacerdocio ministerial es participación y representación del sacerdocio capital de Cristo y también del sacerdocio maternal de María.

Conclusión. María convivió en su condición y función de Madre sacerdotal el Sacrificio de Cristo en el Calvario con su finalidad y eficiencia de glorificación condigna de Dios y de reconciliación y reamistad filial con Él de los hombres.

III. El Hijo y la Madre en el cielo

1. *Cristo glorioso, Sacerdote eterno*

La consumación sacrificial de la vida terrena de Cristo en el Calvario seguida de su victoriosa Resurrección, inició, o más bien, estableció su vida celeste de Redentor y Sacerdote eterno en la gloria de Dios. La eternización de su sacerdocio lo es a la vez de su sacrificio en efectividad de glorificación infinita de Dios y de conducción a Dios de los hombres beneficiarios de su incesante e inagotable acción redentora. Esta sublime entronización de Cristo en la perennidad de su condición y de su función

(50) Cf. 3. q. 27, a. 5. c. y ad 1.

sacerdotal, es verdad fundamental de la revelación cristiana, pero la testifica y la resalta sobre todo, la *Carta a los Hebreos,* tan paulina en su inspiración. Son insilenciables algunos pasajes:

— *Heb.* 9, 11-15: "Cristo, constitutido Pontífice de los bienes futuros, entró una vez para siempre en el tabernáculo mejor y más perfecto... Por su propia sangre entró una vez en el santuario, realizada la redención eterna... Por eso es el mediador de una nueva alianza, a fin de que, por su muerte, reciban los que han sido llamados las promesas de la herencia eterna".

— *Heb.* 8, 1-2: "Tenemos un Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad de los cielos: ministro del santuario y del tabernáculo verdadero...".

— *Heb.* 7, 24-25: "Este (Cristo) por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo. Y es, por tanto, perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios y siempre vive para interceder por ellos... No necesita como los pontífices ofrecer cada día víctimas, pues esto lo hizo una sola vez ofreciéndose a sí mismo" (Cf. Ib., 10, 10; 9, 24; 12, 2).

Cristo, Dios-Hombre, Cabeza y Redentor de los hombres, vencedor del pecado y de la muerte, poseedor para sí mismo y para la humanidad por Él redimida del reino de vida eterna, glorificador infinito de Dios y salvador omnipotente de los hombres, constituye la significación substancial del cristianismo como sistema definitivo de salvación. Del sentir de la Iglesia ante este misterio puede ser muestra este comentario de Pío XII: "Después que nuestro Salvador subió al cielo con su cuerpo glorificado y se sentó a la diestra de Dios Padre, no ha cesado de amar a su esposa la Iglesia con aquel inflamado amor que palpita en su Corazón. Aún en la gloria del cielo, lleva en las heridas de sus manos, de sus pies y de su costado los esplendentes trofeos de su triple victoria: sobre el demonio, sobre el pecado y sobre la muerte; lleva, además en su Corazón, como en un arca preciosísima, aquellos inmensos tesoros de sus méritos, frutos de su triple victoria, que ahora distribuye con largueza al género humano ya redimido. Esta es una verdad consoladora, enseñada por el Apóstol de las Gentes, cuando escribe: "Subiendo a lo alto llevó cautiva a la cautividad, repartió dones a los hombres. Él mismo que descendió es el que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo" (Ef. 4, 8, 10) (51).

(51) *Haurietis aquas,* n. 22. Ed. A.C.E. Madrid, 1962, I, p. 1198.

No procede entrar ahora en la amplia problemática teológica que plantea este misterio central de la función sacerdotal eterna de Cristo. Pero en la trayectoria de nuestro tema han de quedar reafirmados los puntos siguientes:

1.° Cristo glorioso, como Sacerdote eterno, perenniza la oblación sacrificial de su pasión y muerte, con valor infinito ante Dios y con valimiento redentor universal para los hombres que reciben su eficiencia.

2.° Aunque las actuaciones y los padecimientos salutíferos de Cristo estaban delimitados en su verificación física por el tiempo y el espacio, en cambio, en cuanto acciones teándricas, virtualizadas por su divinidad, trascendían todos los límites temporales y locales, no sólo en la perennidad de su oblación por parte de Cristo, sino también en la perduración de su virtud salvífica y en el alcance universal de su eficiencia. En la enseñanza de Santo Tomás, los actos salvíficos de Cristo, aun cuando pasajeros en su efectuación humana, local y temporal, abarcaban en su efecto espiritual todo lugar y tiempo, como instrumentos que eran de la acción divina "que abarca presencialmente todos los lugares y tiempos" (52).

3.° Cristo glorioso posee y ejerce en su humanidad victimada una causalidad redentiva y santificadora inagotable y universal que entra en contacto efectivo con los humanos por la acción de los sacramentos y por la virtud captativa y asimiladora divina de las virtudes teologales (53).

La entronización en la eternidad de Cristo Sacerdote-Redentor, no sólo no impide sino que garantiza, con el omnímodo poder que le ha sido dado (Cf. Mt. 18, 18) su múltiple presencialidad en la Iglesia viadora, en turno de cristianización, a la que tiene místicamente incorporada consigo, vivificándola divinamente con las gracias multiformes de su Espíritu.

4.° La actividad latréutica y salvífica perenne de Cristo, en su función sacerdotal eterna, constituye el culto supremo y fontal cristiano. En él participa ya gloriosamente la Iglesia celeste y a él está también asociada en diversas formas y grados la Iglesia peregrina. "Con razón, dice el Concilio Vaticano II, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan, la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro... En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado

(52) Cf. 3. q. 56, a. 1. ad. 3; Ib. q. 48, a. 6; Ib. q. 49, a. 1.
(53) Cf. 3. q. 49, a. 1 ad 3um y ad 4um.

a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero..." (54).

2. *La Virgen Madre conglorificada y consantificadora*

La primera antífona de la fiesta de la Asunción, reza así: "Ascendió Cristo sobre los cielos y preparó a su purísima Madre la morada de inmortalidad" (55). Fiesta de María que celebra, según comenta Pablo VI, "su destino de plenitud y de bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta configuración con Cristo resucitado" (56). El Concilio Vaticano II había escrito: "Terminado el decurso de su vida terrena fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial con el fin de que se asemejase más plenamente a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte." (57).

En consonancia con la ascensión de Cristo, la asunción de María significa, ante todo, el triunfo debido a su misión cumplida de Madre Corredentora y significa, consecuentemente, la perpetuación, desde su encumbramiento celeste, de su cooperación maternal cosantificadora con su Hijo. Pablo VI propone como creencia del Pueblo de Dios: "Ligada por un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la encarnación y de la redención, la Santísima Virgen María, Inmaculada, *terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste,* y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos... La Santísima Madre de Dios, nueva Eva, *Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno* con respecto a los meimbros de Cristo, *por el que contribuye a*

(54) SC. ns. 7 y 8. En esta línea de pensamiento escribe muy bien VAGAGGINNI: "Cristo, único y perfecto sacerdote, después de haber realizado su liturgia de santificación y alabanza al Padre sobre la tierra, principalmente en el Gólgota, ahora, siempre vivo, presente y glorioso a la derecha del Padre, como único liturgo, en el único santuario, continúa allí en acción intercesora la única liturgia de santificación y alabanza que inició sobre la tierra y atrae y admite realmente en ella también a sus fieles todavía peregrinantes... Nuestra liturgia terrestre, vista de la parte de Cristo, es, pues, bajo el velo de los signos sensibles, una continua epifanía del sacerdocio de Cristo ahora glorioso ante el Padre... Vista de la parte de la Iglesia, la liturgia no es otra cosa que una participación actual y real de los hombres al acto sacerdotal de Cristo siempre efectivo ante el Padre, continuando, por lo mismo, en la gloria, la acción sacerdotal que Él comenzó en la tierra desde el primer instante de la encarnación". (*El sentido teológico de la Liturgia,* Madrid, BAC, 1959, pp. 237 y 245.) Cf. JOURNET, *La Misa presencia del sacrificio de la Cruz,* Bilbao, Desclée, 1959, pp. 91 ss.; Card. GOMÁ, *La Virgen y el sacerdocio católico,* en *María Santísima,* I, pp. 170-171.
(55) *Oficio de las Horas,* I Vísp. de la Asunción.
(56) MC. n. 6.
(57) LG. n. 59.

engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos (58).

Resaltemos algo más las manifestaciones de la actuación salvífica de nuestra Madre sacerdotal celeste, en unión entrañable con su Hijo divino.

1.° *Madre sacerdotal celeste.* María, en la eternización de su asociación maternal salvífica con su Hijo, comparte, como Madre sacerdotal, la oblación sacrificial sempiterna del sacerdocio celeste de Cristo. Con grandilocuencia teológica escribía el Cardenal Gomá: "La Madre sacerdotal consuma en el cielo lo que empezara en el día de la encarnación... Entonces daba su consentimiento para que se ungiera sacerdote en sus entrañas el Cristo. Hoy, después de haber recorrido con espíritu sacerdotal la carrera sacerdotal de su Hijo, después de la profecía de Simeón y de la tremenda realidad de la Cruz, acabado el sacrificio de sangre, asiste en el cielo, como lo hizo en la tierra, en el divino pontifical de los siglos eternos. Allá fue el sacerdote eterno el día de la Ascensión a ofrecerse al Padre en hostia perpetua y gloriosa, después del pontifical cruento de la Cruz; y allá fue la Señora, llevada por manos de ángeles, para asistir corporalmente, entre el pasmo de los cielos, a su Hijo que sigue ofreciéndose hostia pura e inmaculada para el bien del mundo" (59).

2.° *Solicitud maternal.* El estado glorioso de María, no sólo no impide sino que potencia, facilita y urge su solicitud maternal por los hombres, hermanos de Jesús e hijos suyos, todavía en las ansiedades y peligros de la peregrinación hasta alcanzar en la patria bienaventurada el abrazo de Jesús y suyo.

El Concilio Vaticano II afirma gravemente: "La maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos..." (60). Acorde con el Concilio y con mayor acentuación dogmática, enseña Pablo VI: "Ella continúa ahora desde el cielo cumpliendo su función maternal de cooperadora en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos. Es esta una verdad muy consoladora que por libre beneplácito de Dios sapientísimo, forma parte integrante del misterio de la humana salvación, por lo cual *debe ser tenida como de fe por todos los cristianos* (ab omnibus christianis debet fide teneri)" (61).

3.° *Madre intercesora potentísima.* La convivencia celeste de María con Cristo, es también una comparecencia intercesora perpetua con Él

(58) *Profesión de fe* ("Credo del Pueblo de Dios", n. 15).
(59) *O. c.*, pp. 171-172.
(60) LG. n. 62.
(61) *Signum magnum*, p. 1. n. 1.; AAS, 59 (1967) p. 470.

ante el Padre (Cf. Heb. 7, 25). Presencia intercesora maternal, plenipotente en el valimiento, perenne en la actuación, universal en el alcance.

El Concilio Vaticano II nos asegura: "Asunta a los cielos, no ha cesado en su misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna" (62). Pablo VI esclarece hermosamente esta doctrina conciliar escribiendo: "La Virgen santa, aunque inmersa en la visión de la augusta Trinidad, no olvida a sus hijos desterrados, como ella un día, en la peregrinación de la fe; más aún, contemplándolos en Dios y viendo bien sus necesidades, en comunión con Jesucristo, *siempre vivo para interceder por nosotros,* se hace Abogada de ellos, Auxiliadora, Socorredora, Mediadora" (63).

4.° *Dispensadora de las gracias.* Conmerecedora maternal con Cristo de las gracias de la redención e intercesora universal con Él de su concesión a los redimidos, es también dispensadora maternal universal de todas ellas. María, dice el Concilio Vaticano II *es nuestra Madre en el orden de la gracia* (64). Lo es por la participación maternal que tuvo en su merecimiento y adquisición, y lo es por la intervención maternal regenerativa que tiene en su otorgamiento a todos y a cada uno de los hombres que son por ello, a la vez que miembros verdaderos de Cristo como de Cabeza-Vivificador, hijos verdaderos suyos, como de Madre espiritual. Este influjo como escribimos otra vez, "hace *mariana* a la misma vida sobrenatural que es *cristiana* por el influjo de Cristo y *divina* por el influjo de Dios. Son influencias previstas y predestinadas en la presciencia divina eterna, que confluyen y se unifican, interdependientes y coordenadas, en el efecto resultante de nuestra regeneración divina" (65). Es el triple proceso ordenadísimo, de la dispensación de la gracia, formulado por San Bernardino y aprobado por León XIII: "De Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros" (66).

De los incontables testimonios de los Papas, que proclaman a María *Distribuidora universal de todas las gracias,* recogemos ahora sólo éste del mismo León XIII: "Sería casi imposible expresar cuánta potencia y cuánta eficacia se le acreció cuando fue asunta junto a su Hijo a aquel fastigio de gloria que convenía a su dignidad y al esplendor de sus méritos. Porque desde allí, por divino designio, de tal modo comenzó ella a velar por la Iglesia y asistirnos y protegernos como Madre que, después de haber sido cooperadora en la realización del misterio de la redención, vino a ser también para siempre la dispensadora de la gracia de él

(62) LG. n. 62.
(63) *Signum magnum*, p. 1. n. 2.
(64) LG. n. 61.
(65) M. LLAMERA, *La Virgen y la Iglesia.* Comentario a la Const. sobre la Iglesia. Madrid, BAC, 1966, p. 1021.
(66) *Jucunda semper. Doc. Mar.* n. 414.

emanada, con la potestad casi inmensa que le fue otorgada. Por esto justamente, las almas cristianas se sienten intensamente atraídas hacia María, como por una nativo impulso, comunican confiadamente con ella sus intentos, sus obras, sus alegrías y sus tristezas y encomiendan filialmente a su cuidado y bondad sus personas y todas sus cosas" (67).

5.° *Madre de la Madre Iglesia.* Cristo ejerce en gran parte su acción redentiva en los hombres, con la cooperación de su Iglesia, especialmente a través del ministerio de salvación que le tiene conferido y encomendado. Es ya claro, por todo lo dicho, que la actuación capital salvadora de Cristo se realiza con el concurso maternal de María. Es, por tanto, también irrecusable que toda la actividad santificadora de la Iglesia es efectual y dependiente de la causalidad salutífera universal de María. El Concilio Vticano II nos enseña que la Iglesia es Madre a semejanza de María (68). Maternidad semejante, no sólo porque imita, sino porque deriva de la de María. La maternidad de la Iglesia tiene el cometido de cooperar con la capitalidad de Cristo y con la maternidad espiritual de María en la incorporación de los hombres a Cristo para su divina regeneración. La maternidad de María, por tanto, es causa, no sólo ejemplar, sino eficiente, de la maternidad espiritual de la Iglesia, que consiste en la cooperación dispositiva y ministerial por la predicación, los sacramentos y la plegaria a la cristianización o divinización de los hombres (69).

Cristo asocia muy particularmente consigo a su Iglesia en las celebraciones litúrgicas, la "gran obra, como la califica el Concilio, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados" (70). María no sólo está asociada, sino que es asociadora con Cristo en la liturgia de la Iglesia. La intervención de María con Cristo en la liturgia de la tierra hay que justipreciarla por la que tiene con Él en la liturgia del cielo, de la que es trasunto vivo y ampliación vivificante la liturgia de la tierra (71).

(67) *Adjutricem populi. Doc. Mar.* n. 426; Cf. León XIII, *Diuturni temporis. Doc. Mar.* n. 457; Pío X, *Ad diem illum. Doc. Mar.* n. 488; Pío XII, *Ad coeli Reginam, Doc. Mar.* n. 902; Cf. en Bover, amplia colección de testimonios (María Mediadora universal, pp. 478 ss.); R. Spiazzi, *La Mediatrice della reconciliazione,* Roma, 1951, pp. 299 ss.

(68) Cf. LG. ns. 63 y 64.

(69) Cf. M. Llamera, *o. c.,* pp. 1036-1042.

(70) SC. n. 7.

(71) J. Esquerda escribe muy bien que es necesario profundizar "la gran realidad actual de Cristo Sacerdote, que vive y actúa en la Iglesia, que está ante el Padre, *semper vivens ad interpelladum pro nobis.* Ahora bien, Cristo Sacerdote, en todo ese actuar salvífico, a través de los signos eclesiales (principalmente del servicio ministerial) sigue asociando a su Madre como Tipo y como Madre de la Iglesia". (*Espiritualidad sacerdotal mariana* en *Est. Mar.* 34, 1970, p. 168.)

IV. Actualización sacramental del Sacrificio del Calvario

I. *Cristo en el Sacrificio eucarístico*

Es muy pensable que "el amor hasta el extremo", manifestado por Jesús con su voluntaria aceptación de la Pasión y de la muerte, como pondera San Juan, se refiera también a la previa perpetuación sacramental de ellas por la Eucaristía, no relatada, pero sí presupuesta por el cuarto evangelista y referida por los otros tres (72). Fue, en efecto, la institución de la Eucaristía, el extremo amoroso de aquel extremo de amor (72 bis).

El Concilio de Trento, atestigua el perpetuo sentir de la Iglesia sobre la significación del misterio eucarístico en estos términos: "Jesucristo, nuestro Dios y Señor, aunque se había de ofrecer una sola vez a sí mismo por la muerte en el ara de la cruz a Dios Padre para realizar la redención eterna... en la última Cena, en la noche en que se le entregaba, para dejar a la Iglesia, su amada Esposa, un sacrificio visible —como la naturaleza de los hombres pide— que fuera representación del sacrificio cruento que había de llevarse a efecto en la cruz y para que permaneciese su recuerdo hasta el fin de los siglos y se aplicase su virtud salvadora para remisión de los pecados que cada día cometemos... ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino, y los dio a los apóstoles, constituidos entonces sacerdotes del Nuevo Testamento, para que, bajo esas mismas especies, los tomaran, al mismo tiempo que les mandaba a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio que lo ofreciesen, con estas palabras: "haced esto en memoria mía" (73).

El texto conciliar es una maravilla de condensación doctrinal. No procede ahora explanarla, sino resaltar algunas facetas de la sublime realidad del misterio, que hacen a nuestro propósito.

1.° *Verificación del misterio eucarístico.* Como ya hemos comentado, en Cristo, Sacerdote Sempiterno, pervive incesante con toda su infinita virtualidad redentiva, la oblación que de sí mismo hizo en la Cruz. A efecto de las palabras consagrativas que, por el querer omnipotente de Cristo, realizan lo que significan, Cristo glorioso se presencializa incruentamente victimado en las especies del pan y del vino que se convierten realmente en su cuerpo inmolado y en su sangre derramada. La consagración, por tanto, hace presente y actualiza en realidad y verdad el Sacrificio de la Cruz con toda su eficiencia santificadora. Como represen-

(72) Cf. Mt. 26, 26; Mc. 14, 22-24; Lc. 20, 20.

(72 bis) Cf. Pío XII, *Mediator Dei,* n. 19; *Haurietis aquas,* n. 35.

(73) Ses. 22. c. 1. (Denz. 1740); Cf. Conc. Vat. II, SC. n. 47.

tativo o reproductivo que es de la Pasión del Señor, el sacrificio sacramental eucarístico, dice Santo Tomás "hace en el hombre el mismo efecto que la Pasión hizo en el mundo" (74). Y como dice en otro lugar, "el verdadero sacrificio de Cristo nos es comunicado bajo las especies del pan y del vino "(75). Esta es, dice bien Journet "la razón de ser del rito incruento del sacrificio instituido en la Cena: las especies sacramentales del pan y del vino que recuerdan el cuerpo de Cristo *entregado por nosotros* y *su sangre derramada por la remisión de los pecados,* manifiestan y testifican que la gracia oculta en cada Misa es la única gracia del Redentor, que cada Misa es una presencia operativa, una presencia propia y verdadera de la Redención: *cada vez que se celebra la conmemoración* de esta hostia, se realiza la obra de nuestra Redención... De esta suerte la Misa aporta, propia y verdaderamente, bajo las especies incruentas, la presencia sustancial de Cristo glorioso y la presencia eficiente de su sacrificio cruento" (76).

2.° *Realidad del sacrificio eucarístico.* En el sacrificio de la Misa, enseña Trento, "está presente (continetur) y es inmolado incruentamente el mismo Cristo que *se ofreció una vez* (Heb, 9, 28) cruentamente en el ara de la cruz... Una y la misma es la víctima, el mismo es ahora el oferente, mediante el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí mismo entonces en la cruz, sólo variada la forma de ofrecimiento" (77). Uno y único fue, pues y es el sacrificio redentor de Cristo. Y, sin embargo, es verdadero sacrificio el de la Misa, porque, por la eficiencia sacramental, Cristo Sacerdote se presencializa y nos asocia a su sempiterna oblación sacrificial (78). La potestad sacerdotal intermediaria otorgada por Cristo a la Iglesia, opera esta maravilla de incorporarnos a nuestro Redentor victimado, que convive con nosotros su sacrificio y nos comunica sus gracias cristificativas y divinizadoras. Añadamos con Journet que "el rayo de la Cruz sangrienta... se desplaza con las generaciones para venir en cada Misa a penetrarnos en nuestro tiempo: nos

(74) 3. q. 79, a. 1.

(75) 3. q. 22, a. 6 ad 2um.

(76) *La Misa presencia del sacrificio de la Cruz,* p. 103. La cita litúrgica es de la *Or. sec.* IX dom. Pentecostés; Cf. Pío XII, *Mediator Dei,* n. 20.

(77) Ses. 22. c. 2. (Denz. n. 1743).

(78) "Cristo —escribe el P. GARRIGOU-LAGRANGE—, no ofrece un nuevo sacrificio, y por otra parte, su ministro sólo obra en su nombre. Conviene, por lo tanto admitir, que es esa única oblación interior, que fue el alma del sacrificio de la Cruz, la que perdura siempre en el corazón de Cristo... Aquel que es sacerdote *in aeternum* debe tener un acto sacerdotal que perdure siempre, sin interrumpción ni innovación... *Este acto* interior de oblación, siempre vivo en su corazón, es el alma del sacrificio de la Misa..." (*El Salvador y su amor por nosotros,* Buenos Aires, Desclée, 1947, pp. 304 y 306.); Cf. CAYETANO, *De Missae sacrificio,* Roma, 1531, c. 6.

introduce en la interioridad del sacrificio redentor, en la que de antemano ha sido determinado nuestro lugar, para que podamos suplicar con Cristo y ser bendecidos y colmados en Él" (79).

3.° *Cristo oferente principal e inmediato.* El sacrificio de la Misa no sería el mismo de la Cruz, si no fuera el mismo Cristo el inmolado y el que se inmola en ella. Es cierto que para la actualización sacramental del sacrificio en la Iglesia dispuso y posibilitó Cristo la intervención consagrativa y transubstanciadora de sus sacerdotes ministros; pero esta mediación ministerial realizada en nombre y con el poder de Cristo —in persona et virtute Christi— (80) no sólo no excluye, sino que reafirma la principalidad de la intervención oblativa y sacrificial de Cristo a la que, mediante esa prestación ministerial se une la Iglesia. El Sacrificio presencializado es el del Calvario y en él es Cristo el ofrecido y el oferente; y es presencializado en la Iglesia para que ésta sea coofrecida y cooferente del mismo y único sacrificio de Jesús.

Como resultado de una paciente investigación, Dix concluye que "no existe autor preniceno, oriental u occidental... que no considere la ofrenda y la consagración de la eucaristía como acción actual de nuestro Señor mismo, la segunda persona de la Trinidad..." (81).

Vagaggini afirma que "este concepto de la Misa como acción del mismo Cristo, ahora glorioso a la derecha del Padre, que obra bajo el velo de los ritos y a través de los ministros humanos, ha continuado siempre en la tradición patrística y litúrgica..." (82).

La enseñanza del Magisterio, que ya hemos visto recogida en Trento, es cada vez más explícita en atribuir a Cristo mismo como a oferente o sacerdote principal e inmediato, el sacrificio eucarístico. Recordemos algunas de estas afirmaciones:

Pío XII en la encíclica *Mystici Corporis*: "Y así como el divino Redentor, al morir en la Cruz, se ofreció a sí mismo al Eterno Padre como Cabeza del todo el género humano, así también *en esta oblación pura* (de la Misa) no sólo se ofrece al Padre celestial como Cabeza, sino que ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a todos ellos, aún a los más débiles, los incluye amorosísimamente en su corazón" (83).

El mismo Pío XII, escribe en *Mediator Dei*: "El augusto sacrificio del altar, no es una pura y simple conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo, sino *un sacrificio propio y verdadero,* por el que el Sumo

(79) *O. c.,* p. 102; Cf. p. 89.

(80) Cf. 3. q. 82, a. 1 y 3; q. 83, a. 1 ad 3um.

(81) *The shape of the liturgy,* Londres, 1954, p. 253. Hacen suya la conclusión de DIX, el P. GARRIDO, *Comentario a la Const. sobre la Liturgia,* Madrid, BAC, 1964, p. 184; VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia,* p. 240.

(82) *O. c.,* pp. 240-241.

(83) *Mystici Corporis,* n. 36. Ed. A.C.E.I., pp. 1050-1051.

Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la Cruz ofreciéndose enteramente al Padre, víctima gratísima..." (84). Esta doctrina se reafirma varias veces en la misma encíclica al comentar los fines del sacrificio eucarístico (85).

El Concilio Vaticano II dice en breves y significativas palabras: "Cristo está presente ...en el Sacrificio de la Misa, ya en la persona del ministro "siendo ahora el mismo oferente (idem nunc offerens) por ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí mismo entonces en la cruz" sea, máximamente, bajo las especies eucarísticas" (86). Esta máxima presencia bajo las especies eucarísticas, aunque entitativa y sustancial, es en su finalidad y efecto formalmente sacrificial. Cristo se hace presente en su función sacerdotal y victimal.

La principalidad de Cristo como oferente del sacrificio eucarístico, es calificable como dogmática (87). El P. Garrigou-Lagrange afirma que "la doctrina según la cual la esencia del sacrificio de la Misa está en la inmolación sacramental actualmente ofrecida por Cristo, sacerdote principal, parece ser susceptible de ser definida como dogma de fe" (88).

Sólo nos es comprensible que el sacrificio eucarístico sea el sacrificio mismo de la Cruz, si en éste como en aquél es Cristo mismo el oferente, la víctima y quien principal y actualmente realiza la oblación (89). De no ser así, se trataría de un ofrecimiento que nosotros hacemos del sacrificio que Él hizo en el Calvario y no del sacrificio mismo del Calvario que Él hace sacramentalmente con nosotros.

4.° *La Iglesia partícipe y beneficiaria del Sacrificio.* Escribía San Pablo: "El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? (1 Cor. 10, 16). El sacrificio de Cristo (*su cuerpo entregado, su sangre derramada*) se presencializa sacramentalmente para entrar en comunión con nosotros, al ser compartido como sacrificio y recibido como alimento sacrificial de nuestra vida cristiana y divina. La Misa, decimos con Journet, "es, por la repetición del sacrificio incruento instituido en la Cena, *el ingreso existencial pleno de la Iglesia en cada uno de sus momentos históricos, en el sacrificio redentor cruento de la Cruz, en el que cada tiempo tiene señalado de antemano su puesto.* La Misa nos da a Cristo, ahora en estado glorioso, quien no cesa de atraer hacia

(84) *Mediator Dei,* n. 20.
(85) Ib. n. 20; Cf. Pío XII, *Menti nostrae,* n. 15. Ed. Enc. A.C.E., I, p. 1140; Pío XI, *Quas primas,* n. 14. En la misma edición de A.C.E., I, p. 114.
(86) SC. n. 7.
(87) Cf. J. A. DE ALDAMA, *De Sanctissima Eucharistia,* en *Sac. Theolog. Summa,* Madrid, BAC, IV, 1951, p. 318.
(88) *O. c.,* p. 307.
(89) Cf. DE ALDAMA, *O. c.,* p. 319.

sí a su Iglesia mediante el acto redentor de su Pasión cruenta; acto redentor... universal y perpetuo por la virtud divina que lo penetra y que llega hasta nosotros en la envoltura del rito incruento (90).

En la sacramentalización del Sacrificio de Cristo y, por tanto, en su participación y oblación tiene una función, no sólo primordial sino esencial e imprescindible, el sacerdocio ministerial, que fue instituido precisa y principalmente por Cristo para este altísimo cometido (91). Pero todos los fieles cristianos son hechos partícipes del sacerdocio de Cristo en el Bautismo y capacitados para el culto cristiano, y por tanto, todos han de ser conscientes de que, como escribía Pío XII, tienen "su principal deber y su mayor dignidad en la participación en el Sacrificio eucarístico... con un espíritu tan intenso y activo que estrechamente se unan al Sumo Sacerdote, según aquello del Apóstol: *tened en vosotros los mismos sentimientos que animaban a Cristo Jesús*; y ofrezcan aquel sacrificio juntamente con Él y por Él, y con Él se ofrezcan también a sí mismos" (92).

5.° *Preeminencia litúrgica de la Eucaristía.* "Si la Sagrada Liturgia, escribe Pablo VI, ocupa el primer puesto en la vida de la Iglesia, el Misterio eucarístico es como el corazón y el centro de la Sagrada Liturgia..." (93). Es una expresión metafórica pero muy verdadera en su significación. La liturgia de la tierra es la acción sacerdotal glorificadora de Dios y santificadora de los hombres, en la que Cristo asocia consigo a su Iglesia (94). Esta conjunción latréutica y salutífera, tiene su verificación máxima en el Sacrificio eucarístico, pues no sólo insiere a la Iglesia en el Sacrificio de la Cruz, sino que le otorga las gracias que de él derivan y la hace partícipe de los fines y beneficiaria de los frutos infinitos de glorificación de Dios, de agradecimiento de sus bondades, de reparación ante Él de nuestros pecados, de impetración de sus favores (95).

(90) C. JOURNET, *La Misa presencia del sacrificio de la Cruz,* Bilbao, Desclée, 1959, p. 139. Enseña Pío XII: "Para que se lleve a cabo y sea grata a Dios la salvación y redención de todos los individuos y de las generaciones venideras hasta el fin de los siglos, es de necesidad absoluta que todos tomen contacto vital con el Sacrificio de la Cruz, y así los méritos que de él se derivan les serán transmitidos y aplicados... Aunque Cristo, hablando en términos generales, haya reconciliado a todo el género humano con el Padre por medio de su muerte cruenta, quiso, sin embargo, que todos se acercasen y fuesen llevados a la Cruz por medio de los sacramentos y por medio del sacramento de la Eucaristía, para poder obtener los frutos de la salvación por Él ganadas..." (*Mediator Dei,* n. 21.)
(91) Cf. *Mediator Dei,* n. 24; Edic. A.C.E., I, p. 1098.
(92) Ib. n. 22. Ed. c., p. 1097; Cf. ib. n. 25 (final).
(93) Enc. *Mysterium fidei,* Prol.
(94) Cf. SC. n. 7.
(95) Cf. *Mediator Dei,* n. 20; Cf. Card. GOMÁ, *La Eucaristía y la vida cristiana,* I, Barcelona, 1934, cap. 3.

"En la Eucaristía, pues, como leemos en *Eucharisticum Mysterium,* tenemos el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo y del culto que los hombres tributan a Cristo y por Él al Padre en el Espíritu Santo, y su celebración contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la auténtica naturaleza de la verdadera Iglesia... Así el Sacrificio eucarístico es fuente y culminación de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. Los fieles participan más plenamente de este sacrificio de acción de gracias, de propiciación, de impetración y de alabanza, cuando, conscientes de ofrecer al Padre de todo corazón, junto con el sacerdote, la sagrada víctima y de ofrecerse en ella a sí mismos, reciben la misma víctima en el sacramento... Banquete sagrado en el que el pueblo de Dios participa en los bienes del sacrificio pascual, renueva la nueva alianza entre Dios y los hombres, sellada de una vez para siempre con la sangre de Cristo y prefigura y anticipa en la fe y en la esperanza el banquete escatológico en el reino de Dios, anunciando la muerte del Señor *hasta que venga*" (96).

2. *Intervención de María en la Eucaristía*

El lector que nos haya acompañado en nuestro recorrido, sabe que era ineludible llegar a este nuevo encuentro de María con Jesús, de la Madre con el Hijo. María, ligada con vínculo maternal indisoluble con el Misterio salvador del Hombre Dios y con todos los misterios que efectúan ese Misterio, no puede estar desvinculada de la Eucaristía que es prolongación de la encarnación, revivencia sacramental del misterio pascual perpetuado en el sacerdocio eterno, donación fructuosa a la Iglesia de toda la obra salutífera realizada por Cristo con la colaboración y la compartición íntima y perdurable de su Madre.

(96) Insruc. *Eucharisticum Mysterium.* Ed. Sígueme, 1967, p. 24, 17 y 14. El orden en que unimos los textos es el de esas páginas a las que corresponden. Esta disposición en la cita potencia aquí su sentido, sin desnaturalizarlo. Sobre el reflejo en la liturgia eucarística de la liturgia del cielo escribe el P. BERNADOT: "La liturgia que se reproduce entre nosotros en el altar es exactamente la misma (del cielo) el mismo sacerdocio, el mismo sacerdote, la misma víctima, la misma inmolación, el mismo fin que alcanzar. Sólo cambia la forma exterior: la Iglesia triunfante celebra el sacrificio en la visión; la Iglesia miiltante lo celebra en la fe. Pero no hay más que una liturgia. A toda hora, de la creación purificada y santificada, sube un concierto admirable hasta el trono del Todopoderoso, para bendecirle, exaltarle y glorificarle por el Cordero que se inmola. Voces sinnúmero de la multitud inmensa de rescatados, que se elevan desde todas las partes de la tierra y del cielo entero. Pero todas estas voces, no forman más que un concierto único, cantan la única alabanza y celebran la única liturgia". (*La Eucaristía y la Trinidad,* Barcelona, 1942, pp. 128-129.)

Es comprobable que la Iglesia siempre ha estado en la idea de una relación especial de María con el misterio eucarístico. Pero han tenido que transcurrir siglos para que la teología descubriera con seguridad la asociación soteriológica de María con Cristo y para que esta asociación fuera resaltada por el magisterio pontificio y, últimamente por el Concilio Vaticano II, de cuya doctrina mariana fue colmo y suma la proclamación de María como *Madre de la Iglesia,* por Pablo VI (97). A estas horas de la conciencia mariológica de la Iglesia, estamos ya en la posibilidad del esclarecimiento teológico de la intervención personal de María en la Eucaristía y en la probabilidad de que esta intervención sea claramente reconocida y confirmada por el adoctrinamiento magisterial eclesiástico (98).

Diremos brevemente lo que nos parece adecuado a nuestro propósito.

1.º *Atisbos de la tradición litúrgica.* Nos limitaremos a meras menciones, aprovechando datos hoy a la mano (99) y ya indagados por otros (99 bis).

a) Se pondera que Jesús eucarístico es fruto que debemos a la maternidad de María.

Así se canta en himnos eucarísticos como el "Pange Lingua". La sangre preciosa, derramada como precio del mundo es "fruto del seno fecundo" de María. Bover recoge pasajes de Misas pertenecientes a diversas liturgias, como la armenia (100) y la etiópica (101). En Martín

(97) Cf. PABLO VI, *Discurso claus.* III Ses. Conc. Vat. II, 21 nov. 1964, Ed. BAC, n. 24.

(98) Ya en 1910, el Cardenal LEPICIER declaraba en su discurso del Congreso Eucarístico Internacional de Montreal que "los lazos entre María y la Eucaristía son tan íntimos, que he tenido que convencerme que el tema que me ha sido propuesto constituye una de esas verdades depositadas en germen por Nuestro Señor, sea en las Escrituras, sea en la Tradición, con la intención de que se desarrolle en el curso de los siglos, es decir, en el momento oportuno en que, de la profesión explícita de esas verdades, resulte un bien notable para la fe y la moral cristianas". (*Relations de la Très Sainte Vierge et le Très Saint Sacrement,* Bruxelles, 1911, p. 5.)

(99) Cf. Anton HÄNGGI-Irmgard PAHL, *Prex Rucharistica.* Textus e variis Liturgiis salecti. Fribourg, Editions Universitaires, 1968; Martín PINTADO-SÁNCHEZ CARO, *La gran Oración Eucarística.* Textos de ayer y de hoy. Madrid, Ed. La Muralla, 1969.

(99 bis) Cf. J. M.ª BOVER, *María y la Eucaristía en la Sagrada Liturgia. Est. Mar.* 13 (1953) 73-86; M. GARRIDO, *La Virgen en las anáforas o plegarias eucarísticas,* en *Vid. Sobren.* 51, 1971, 349-359; J. IBÁÑEZ-F. MANDOZA, *María en la Liturgia hispana,* Pamplona, Eunsa, 1975.

(100) "Intemeratam Virginem Mariam, Dei Genitricem, confitetur sancta Ecclesia, ex qua nobis datus est panis immortalis et calix nos laetificans." (l. c. p. 75.)

(101) "Laus Mariae, quae est gloria omnium nostrum, quae protulit nobis Eucharistiam". (l. c. p. 75.)

Pindado, pueden verse otros, como el de la anáfora de San Marcos (102).

b) Se evoca el recuerdo laudatorio y la unión con María en la celebración del misterio eucarístico.

Así, en la anáfora de la primitiva liturgia de Cesarea (103), en la llamada Liturgia de San Juan Evangelista citada por Bover (104) y en una anáfora etiópica que trae Garrido (105). Merece también aducirse la evocación mariana del antiguo Canon romano, conservado como primera plegaria eucarística actual: "reunidos en comunión, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo" (106).

c) Se invoca la intercesión de la Virgen para la mayor fructuosidad del sacrificio.

Así se hace en las tres nuevas plegarias eucarísticas actuales. Damos también como muestra, un texto de la anáfora de San Juan Crisóstomo (107) y otro pasaje de la misma liturgia que leemos en Bover (108) y el que este mismo autor toma de la liturgia de Santiago (109).

---

(102) "¡Salve, llena de gracia! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, pues diste a luz al Salvador de nuestras almas.—Haz memoria, ante todo, de la Santísima, Inmaculada, bendita Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen María." (*O. c.*, p. 169.)

(103) Casi igual a la anterior; Cf. en Martín PINDADO-SÁNCHEZ CARO, *O. c.*, p. 183.

(104) "iterum atque iterum commemoramus vere beatam laudatamque ab omnibus generationibus terrae, sactam, benedictam semperque Virginem genitricem Dei Mariam." (L. c., p. 77.)

(105) "Por eso te amamos y te exaltamos, oh María, porque nos has dado la verdadera comida de justicia y la verdadera bebida de vida." (L. c., p. 357.)

(106) El P. BOVER, con otros autores, relaciona el *Communicantes* con la oblación sacrificial de que habla el párrafo anterior y concluye, en consecuencia: "La Virgen María interviene activamente, sacrificialmente, en la oblación de toda la Iglesia en el Sacrificio del altar." (L. c., p. 80.) Cf. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia*, p. 308; CAPPELLE califica al *Communicantes* de "sobria, pero significativa memoria". En MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, Barcelona, Herder, 1964, p. 795. PABLO VI dice que el Canon Romano, en el *Communicantes* "conmemora a la Madre del Señor con densos términos de doctrina y de inspiración cultual". (*Mar. Cult.* n. 10.)

(107) "Ante todo por intercesión de nuestra Santísima Señora, la pura, gloriosísima y bendita Madre de Dios, siempre Virgen María." (En Martín PINDADO-SÁNCHEZ CARO, *O. c.*, pp. 263-264.)

(108) "Para honor y memoria de la benditísima gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen María, por cuyas intercesiones acoge, Señor, este sacrificio en tu celeste altar". (L. c., p. 85.)

(109) "Mater Domini nostri Jesu Christi, deprecare por me Filium tuum Unigenitum, qui ex te ortus est, ut dimissis peccatis et debitis meis, suscipiat de manibus meis humilibus et peccatricibus hoc sacrificium, quod a vilitate mea super hoc altare offertur per intercessionem tuam, o Mater sanctissima." (L. c., p. 85.)

2.° *Intervenciones reales no inmediatas.* Las relaciones de María con la Eucaristía glosadas en los textos litúrgicos son verdaderas, aunque no revelan toda la verdad de su intervención personal directa en el misterio eucarístico. Entre esas intervenciones ciertas e importantes que no excluyen, pero que tampoco declaran toda la función eucarística de María, nos parecen señalables:

1.ª El Cristo eucarístico es el mismo Cristo hijo de María. La Eucaristía es una prolongación de la encarnación. *El cuerpo y la sangre de* la eucaristía las debemos a la maternidad de María. "En su seno, dice Gomá, se amasó el Pan de los ángeles para que se hiciera pan de los hombres y pudieran en su día comerle los hombres" (110).

2.ª La aceptación incondicional y total por María de la humanidad redentora de Jesús en todas sus funciones y exigencias, incluía también su actuación salvífica en el misterio eucarístico.

3.ª La Virgen, conocedora del plan y de la promesa de la institución de la Eucaristía por Jesús, no sólo la aceptó cordialmente, sino que la deseó y la suplicó con toda la vehemencia de su gracia y de su misión maternal soteriológica.

4.ª María vivió y vive interesadísima en el misterio eucarístico, en cuanto donación máxima de Cristo Redentor a su Iglesia y en cuanto incorporación máxima santificativa de la Iglesia con Cristo.

5.ª María, por tanto, ejercita en el mayor grado su mediación intercesora para el mayor aprovechamiento en la Iglesia del misterio eucarístico.

Intervenciones valiosísimas todas estas y otras semejantes, aunque su intervención directa sea mucho mayor (111).

3.° *Intervención propia e inmediata de María en la Eucaristía.* Hay, efectivamente, consideraciones sólidas y graves que fuerzan a reconocer una intervención propia e inmediata de María en el misterio eucarístico, a tono con su asociación maternal universal con Cristo en toda la obra de la salud y con las cooperaciones que, en lógica efectividad, le hemos visto cumplir en las grandes fase de esa economía salvadora. Reparemos en algunas de esas consideraciones.

---

(110) *María modelo ideal de reparación*, en *María Santísima*, I, p. 44; GARCÍA GARCÉS anota que esta idea de la Eucaristía como pan que nos fue amasado en el seno de María, se encuentra ya en San Bernardo y en Ricardo de San Lorenzo. (*La Eucaristía, la Virgen y la Paz*, en *Est. Mar.* 13, 1953, p. 38.)

(111) Cf. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima*, Madrid, BAC, 1952, 3.ª ed., pp. 672 ss.; GARCÍA GARCÉS, l. c., pp. 34-40.

1.ª Consideración. *También asociada al Misterio eucarístico*

La primera se desenvuelve en esta línea de generalidad, o más bien de universalidad, de la misión soteriológica de María en colaboración con Cristo. Razonamos a la luz convergente de las más altas verdades del sistema provincial de salvación. Este plan divino, aunque sapientísimo, fue libérrimo, pero aunque libérrimo, fue ordenadísimo con una dialéctica verificativa divina indefectible. El plan salvador divino se llama Cristo, cuya vida redentora, en sus prefijadas etapas, es su fiel cumplimiento. Esas etapas se suceden con una interdependencia y una coordenación tan seguras como el beneplácito divino al que se ajustan. Igual interconexión rige su eficiencia salvífica. Y pensemos ya que uno de esos misterios efectivos o factores misteriosos de la obra redentiva es la Eucaristía, misterio de misterios, por cuanto en él concurren en su realidad y confluyen en su fructuosidad todos los otros misterios de Cristo Redentor. Por eso mismo, la Eucaristía, lejos de ser un misterio aislado, es un misterio comprensivo y englobante, que presencializa en Cristo sacramentado sus misterios salutíferos en proyección santificativa sobre la Iglesia.

Recordemos ahora de nuevo la gran verdad mariana de la economía redentora, que es la "arcana unión", como la califica la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus* (112) que desde la eternidad hace a la Madre de Dios "conjuntísima a su divino Hijo y siempre partícipe de su suerte" (113). La lógica del plan divino nos obliga a pensar que la Madre de Cristo Redentor que interviene maternalmente en todos los misterios salvadores del Hijo, interviene también, a su modo materno, en este misterio transmisor de la gracia redentiva que es la Eucaristía. Los principios de la Revelación que invocamos nos imponen esta conclusión, del todo coherente con ellos.

El Cardenal Gomá, argumentaba brillantemente: "La Eucaristía es uno de los grandes factores que integran el maravilloso sistema de la vivificación sobrenatural del mundo... En el orden histórico, la Eucaristía está en el mismo nivel de la Encarnación y de la Cruz, de las que es prolongación y secuela. Es el Cristo, Hijo de Dios vivo, que perpetúa su vida y su sacrificio entre los hombres, a través de los siglos. Luego, entrando la Virgen Santísima en el plan divino como uno de los elementos primordiales, hasta el punto de que Ella y el Redentor aparezcan solidariamente unidos en el plan de Dios... María Santísima deberá hallarse, en alguna forma de ser o de acción, dondequiera se halla alguno de los grandes factores de la redención y especialmente donde se halle

(112) En *Doc. Mar.* n. 809.
(113) *Ib.*

el mismo Redentor... Deberá estar la Madre de Dios donde se concentran los grandes elementos de la vivificación sobrenatural..." (114).

2.ª consideración. *Ante el altar como ante la Cruz*

Particularicemos ahora la consideración. Porque sin invalidar la razón fundada en la ley universal de asociación, es debido urgirla por la peculiar y hasta peculiarísima motivación asociativa o participativa de María en el misterio eucarístico. Hemos enunciado ya concisamente esta motivación: María está ante el altar como estuvo ante la Cruz. Como lo ha dicho acertadamente el P. Bover: "por la parte que tuvo María en el Sacrificio de la Cruz, podrá entenderse la que tiene en el sacrificio eucarístico" (115).

La que tuvo en el Calvario la expusimos en su lugar y no procede repetirla aunque sí es necesario recordarla. Recordar, sobre todo, los ponderosos y emotivos comentarios del Magisterio. Reproduzcamos el de Pablo VI que es buen eco de ellos: "Esta unión de la Madre y del Hijo se mostró sumamente en el monte Calvario, en el cual Cristo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios (Heb. 9, 14) y María, de pie junto a la Cruz, se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con ánimo materno a su sacrificio, consistiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella había engendrado y ofreciéndosela ella misma al eterno Padre" (116).

El Concilio Vaticano II advierte avisadamente que esta presencia de María al lado de la Cruz no se realizó "sin divino designio". En cumplimiento, pues, de este designio salvífico divino, María consufrió maternalmente la crucifixión y la muerte del Hijo, se identificó con su sacrificio, convivió su inmolación en la que ella misma le inmolaba y se coinmolaba como Madre. Compartió, pues, María, como Madre Sacerdotal, el Sacrificio de su Hijo, cordialmente compenetrada con su espíritu sacrificial, y conmereció, como Madre espiritual y a la medida de su gracia llena maternal, los frutos de salvación, infinitamente merecidos por Cristo como Cabeza y Sacerdote de la humanidad. Así quiso Dios, así quiso Cristo que estuviera unida María al Sacrificio de la Cruz y así lo estuvo ella en plenísima aceptación y ejecución de la voluntad de Dios y de su Hijo.

Pero ya sabemos que esta voluntad divina extremadamente amorosa, quiso prodigar en el mundo los frutos del sacrificio de la Cruz, perpetuándolo en la Iglesia mediante el asombroso sacramento-sacrificial de la

(114) *O. c.*, pp. 42-32; Cf. *ib.*, pp. 166 y 28; Cf. Gregorio de J.C., *Intervención de María en la Comunión de los fieles*, en *Est. Mar.*, 13, 1953, pp. 106-107.
(115) L. c., p. 74.
(116) MC. n. 2 (AAS, 66 (1974) 132).

Eucaristía. Cristo glorioso presencializa en su Iglesia, de modo incruento, por la consagración de las especies del pan y del vino, el sacrificio mismo del Calvario, y la adhiere a su actitud oferente sacerdotal eterna para mejorar incorporarla vitalmente consigo, cristificarla y divinizarla.

Y aquí sobreviene incontenible la dimensión eucarística mariana. Si el sacrificio eucarístico es el mismo del Calvario, con el mismo Cristo como víctima y como Sacerdote principal oferente, y en el Calvario estuvo presente junto a la Cruz, María, la Madre de Jesús y compartió maternalmente, como ya vimos, el Sacrificio de su Hijo, debe reconocerse también la intervención personal de María como Madre, en el calvario del altar, esto es, en el Sacrificio de la Eucaristía. Si por designio eterno de Dios, aceptado por Cristo, el sacrificio del Calvario fue cristiano-mariano, vivido por la Madre divina con Cristo su Hijo, justo es pensar que sigue siendo cristiano-mariano al ser actualizado sacramentalmente por el omnipotente querer divino.

La seguridad con que sabemos que la Virgen convivió la oblación sacrificial de Jesús en el Calvario y la convive perennemente en el Cielo, no nos permite suponer que está excluida de ella en la Eucaristía. También en el Calvario eucarístico María está al lado de su Hijo sacramentalmente victimado. Escribe bien el P. Benisa: "Como en el Calvario, continúa María en el altar sus funciones sacerdotales. Y puesto que en el Calvario fue, después de Jesús y en unión suya, la principal actora del sacrificio que se consumó en la Cruz, también lo es en el sacrificio del altar. También aquí, como lo fue allí, es María, después de Jesús, la principal oferente. Con espíritu sacerdotal, continúa María en la Misa ofreciendo al Padre, como Hostia que a ella pertenece en calidad de Madre suya, a Jesús, dando en Él, con Él y por Él a la Divinidad una adoración, acción de gracias y expiación dignas de su Majestad infinita" (117). El Cardenal Ruffini dice en lacónico y sentencioso razonamiento: "Perpetuándose en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz, es necesario admitir que María continúa en el sacrificio del altar el oficio que desempeñó con Jesús, para la redención de los hombres sobre el Calvario" (118).

(117) *Reinado del Corazón Eucarístico de María,* Totana-Murcia, 1931, p. 225.
(118) *Relazione tra l'Eucaristia e la Madonna,* Roma, 1939, p. 12. En esta misma mente se expresan:
—Solano, *Posible intervención de María en el sacrificio de la Eucaristía,* en *Est. Mar.* 13, 1953, p. 100.
—Gregorio de J.C., *Intervención de María en la Comunión de los fieles.* Ib., p. 104.
—Bover, *María y la Eucaristía en la Liturgia.* Ib., p. 84.
—Basilio de San Pablo, *La reparación eucarístico-mariana.* Ib., p. 185.
—Sauras, *María y el sacerdocio,* en *Ministerio y carisma,* Valencia, Anales Valencianos, 1975, p. 110.
—Cf. Bittremieux, *De mediatione universali B.M.V.*, Brugis, 1926, p. 88.

3.ª consideración. *Como Madre espiritual*

Vimos con anterioridad que a María, en su condición y misión de Madre espiritual de los hombres, le correspondía compartir el sacrificio de la Cruz que Cristo consumaba como Cabeza y Vivificador de los hombres. Lo postulaba así la incorporación y convivificación de los hombres como miembros de Cristo y su regeneración, a la vez, de hijos de María (Cf. supra II, 2, 3).

Pero nos consta igualmente, que Cristo ha querido ejercitar principalmente su influjo vivificador, constante y sucesivo, en las generaciones humanas redimidas en el Calvario, por la reactualización y la aplicación del sacrificio de la Cruz en el sacrificio sacramental de la Eucaristía.

Si recordamos ahora con Pablo VI (119), que la Virgen María, "después de haber participado en el sacrificio redentor del Hijo y de modo tan íntimo que mereció ser por Él proclamada Madre, no sólo del discípulo Juan, sino —permítasenos afirmarlo— del género humano por él de algún modo representado, Ella continúa ahora desde el cielo cumpliendo su función maternal de cooperadora en el nacimiento y en el desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos"; si esto, digo, recordamos (Cf. III, 2), veremos como enteramente razonable y verdadera la conclusión de que María ejerce de modo muy principal su función maternal santificativa, en íntima cooperación con el influjo capital salutífero de Cristo en la Eucaristía. En esta mente escribía el P. Gregorio de J.C.: "Siendo la Eucaristía el medio principal de la comunicación de la gracia, no cabe duda de que podemos establecer *a priori,* como postulado teológico, que la intervención de María en el Misterio Eucarístico, debe ser la principal manifestación de su actuación como Madre espiritual de las almas" (120). Y el P. Garcés con igual inspiración: "En el altar, cuando Jesús es más Jesús (más Salvador y Medianero que nunca) no puede estar ausente María que será, también como nunca, nuestra corredentora, nuestra Madre, nuestro lazo de unión con Dios" (121).

4.ª consideración. *Como Madre sacerdotal*

De nuevo nos fundamos en lo ya declarado para lo que ahora intentamos declarar. Cristo fue Sacerdote desde la encarnación, pero cumplió sumamente su función sacerdotal con la victimación de su vida en la Cruz. Por el misterio eucarístico, Cristo, Sumo Sacerdote, revive sacramentalmente en la Iglesia el sacrificio mismo de su Pasión y muerte ofrendado una vez para siempre en el Calvario. Para ello instituyó en

(119) *Signum magnum,* p. 1, n. 1, en *Ecclesia,* 27 (20 mayo 1967), p. 711.
(120) L. c., p. 103.
(121) L. c., p. 40.

la Iglesia el sacerdocio ministerial que bajo su influjo causal omnipotente y mediante los signos por Él prescritos, opera su presencialización sacrificial sacramental en la que participa toda la Iglesia, no sólo por esta mediación de los sacerdotes ministros, sino por la capacidad sacerdotal oblativa que de Cristo reciben todos sus fieles (122).

La vertiente mariana del misterio está a la vista. El Sacrificio que realizó Cristo en el Calvario como Sumo Sacerdote, lo convivió y lo coofreció María como Madre sacerdotal. Como ya dijimos (Cf. supra II, 2, B), su misma destinación a compartir, como Madre, el sacrificio de su Hijo, comportaba la posesión de un sacerdocio sacrificativo maternal. Y se impone decir que la actuación de la Madre Sacerdotal en el sacrificio del Calvario se prosigue en su prolongación sacramental que se verifica en la Misa. Pero hay que decir más. Por lo mismo que el sacrificio eucarístico, como el del Calvario, es cristiano-mariano, los sacerdotes ministeriales, en su dependencia esencial y en su representación de Cristo Sacerdote, dependen también, proporcionalmente de María, la madre divina sacerdotal. Decimos con el Cardenal Gomá: "De esta suerte, coordenándose estos tres grandes factores de la gracia: Jesús, como Autor y Mediador principal; la Virgen, como Mediadora universal subordinada a su Hijo; y el sacerdocio como elaborador oficial en esta grande obra de la salvación del mundo, realizan la palabra de San Pablo: *Cristo es para nosotros santificación y redención*" (1 Cor. 11, 30) (123). Se cumple así lo que Gomá llama "ley de colaboración sacerdotal con la Madre sacerdotal" (124). Esquerda escribe por su parte: "El sacrificio de Cristo que se presencializa en la Iglesia por la eucaristía, necesita el servicio ministerial del sacerdote para que se pueda realizar eclesialmente. Y este sacrificio, por ser el mismo de la cruz (irrepetible, aunque hecho presente bajo signos) tiene un aspecto mariano: María está relacionada actualmente con él como Madre asociada al Redentor... Cristo Sacerdote actúa, asociando a su Madre, a través de los signos ministeriales. Este doble efecto de la misma acción de Cristo (a través del ministro y asociando a su Madre) queda relacionado esencialmente... El título de Madre de la Iglesia tiene también esta característica: es Madre de los pastores y de los fieles" (125).

5.ª consideración. *Madre universal en la comunidad eucarística*

Sabedores de que cada reflexión tiene su propia fuerza convictiva, proponemos esta final que es de un buen sentido teológico irrecusable.

(122) Cf. LG. n. 11.

(123) *La Virgen y el sacerdocio católico,* en *María Santísima,* I, pp. 150-151.

(124) *Ib.,* p. 150.

(125) *Teología de la espiritualidad sacerdotal,* Madrid, BAC, 1976, pp. 243-44; Cf. ID., *Espiritualidad sacerdotal mariana,* en *Est. Mar.,* 34, 1970, pp. 141 ss.; Cf. Bibliografía en la nota 45.

Es muy tradicional la interpretación eucarística del vaticinio mesiánico de Malaquías (1, 11) sobre el sacrificio universal, substitutivo de los antiguos sacrificios, que en oblación pura se ofrecerá a Yavé en toda la gentilidad "desde el orto del sol hasta el ocaso" (126). Este sacrificio universal de todo el género humano, redimido y regenerado por Cristo, es el de la Cruz, perpetuado y universalizado en la historia por el Sacrificio eucarístico. Por él atrae y une Cristo consigo a todos los hombres de toda raza, lengua y nación. Todos los bautizados, como hemos dicho, toman parte apropiada en la celebración eucarística. Más aún. La proyección sobre la Iglesia peregrina de la tierra y la reactualización en ella del sacrificio eterno del gran Sacerdote y Liturgo, Jesucristo, no sólo es la gran convocación de los cristianos viadores, sino la gran cita de encuentro con los bienaventurados del cielo que se unen a la glorificación jubilosa en Cristo, con Cristo y por Cristo, del Dios Uno y Trino (127).

Basta mirar, para ver que esta grandiosa asamblea eucarística, a la que concurren todos los hijos de Dios del cielo y de la tierra, está presidida, junto con Cristo, por María, la Madre universal que con Él nos proporciona esta oblación "pura, inmaculada y santa" y este "sagrado convite" que es ya de gloria para los ciudadanos celestes y es prenda segura de ella para los peregrinantes de la tierra (128). Con oportuna ironía y más oportuna lógica escribe el P. Sauras: "¿No ofrecerá María y no se ofrecerá como sacerdote y víctima en este sacrificio *eclesial,* en el que todos los que constituyen la Iglesia actúan como actores y como hostias? No es digno que le demos el triste privilegio de ser la única cristiana que queda al margen de este acto cumbre de toda la comunidad cristiana. Ni se diga que sí está, pero no como sacerdote, cuando son todos los cristianos quienes precisamente están en él como sacerdotes, cada cual según el modo que le es propio. María está también en el altar ofreciendo al Padre la víctima que es su propio Hijo al que ya ofreció dolorosamente en el Calvario, ofreciéndose a sí misma con Él. Y ofreciendo a la multitud de hijos que tiene conquistados, que son cuantos constituyen la comunidad cristiana" (129).

4.º *Función de María en la liturgia eucarística.* Podemos ya resaltar la preeminente intervención de María, al lado de Cristo, en la verificación más substancial y sublime del culto cristiano que es la Eucaristía. Actúa

(126) Cf. *Plegaria Eucarística III* (Misal actual).

(127) Cf. LG. n. 50.

(128) En las "Intercesiones" de las *Plegarias eucarísticas* II, III y IV se alude a esta comunión con los Santos.

(129) *María y el sacerdocio,* pp. 110-111. (En el lib. c., nota 118.) Previene el P. SAURAS, y hemos prevenido nosotros que el *sacerdocio de María* fue peculiar suyo, es decir, *maternal,* y no debe ser confundido ni con el sacerdocio ministerial ni con el común de los fieles.

María en ella en su singular e incomparable condición de Madre sacerdotal de Cristo y de la Iglesia. El sacrificio revivido en ésta es el que fue cumplido y es reactualizado por Jesús y por María: por el divino redentor y su Madre corredentora. Al servicio maternal de la persona y de la obra del Hijo, y en beneficio del Cuerpo Místico del que Cristo es Cabeza y María Madre, actuó María en el Calvario y actúa en la Eucaristía. Madre unidora de Cristo a los hombres y de los hombres a Cristo, lo es muy relevantemente en la Eucaristía, sacrificio y sacramento que significa y realiza la unidad de todo el Cuerpo Místico en la vida divinizadora de Cristo. Por eso mismo, en la Eucaristía resuena con nueva intensidad e inefable dulzura el *Magnificat* de María, porque en ella se reaviva su donación maternal al mundo de su Hijo, el Dios-Hombre Salvador.

Esta realidad mariana del misterio eucarístico, debe reflejarse con la mayor viveza en la conciencia y en la conducta de la Iglesia y de todos en ella. Especialmente de los sacerdotes, divinamente comisionados para la realización sacramental del gran sacrificio de Cristo, de María y de la Iglesia. "Bello pensamiento, exclamaba el Cardenal Gomlı, el de ver a la Virgen junto a todos los altares de la cristiandad, al lado de todos los sacerdotes, reiterando la ofrenda de la sangre de su Hijo para la remisión de los pecados del mundo..." (130). Unidísima al gran Sacerdote, su Hijo, lo está también a los sacerdotes intermediarios, y éstos, configurados e identificados con Cristo, deben vivir también en su altísima función litúrgico-eucarística, su privilegiada filiación sacerdotal mariana (131).

V. En todas las otras actuaciones litúrgicas eclesiales

1. *Cristo, liturgo principal y universal*

Aunque el culto cristiano alcanza su cumbre en la celebración de la Eucaristía que une y convivifica a la Iglesia con Cristo en su sacrificio sacramental, tiene además otras manifestaciones importantes, como son: la administración de los *Sacramentos,* la práctica de los *Sacramentales* y la oración del Oficio divino o *Liturgia de las Horas* que se cumple todos los días en todo el orbe y eleva a Dios en el transcurso de las horas todo el proceso de la existencia humana.

1.° *Ampliación litúrgica de la Eucaristía.* Todo este despliegue de la religiosidad litúrgica es como una amplificación de la Eucaristía, puesto que en ésta convergen y operan todos los misterios de Cristo Redentor y es, además y por lo mismo, hontanar de la gracia santificadora, sacramento de sacramentos y tributo máximo de reverencia, de propiciación, de gratitud y de plegaria ante la sacrosanta Trinidad. Santo Tomás sentenciaba: "La Eucaristía es como la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos" (132). Y el Concilio Vaticano, advierte: "Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado, están conexionados con la sagrada Eucaristía y se ordenan a ella. Y es que en la Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo" (133).

(130) *O. c.*, p. 168.
(131) Cf. Conc. Vat. II, PO. n. 18; OT. n. 8, Esquerda, *o. c.*, p. 245.

2.° *Rememoración salutífera de los misterios de Cristo.* Muy en conformidad con la economía salvífica y con la progresiva perfectibilidad humana, nos va presentando y desvelando la Iglesia en su ciclo litúrgico, la realidad y significación particular de los misterios de Cristo, adunados en la Eucaristía. Con esta rememoración y con este contacto con los diversos misterios salvíficos se amplía y se hace más eficaz la asimilación y la revivencia sacramental que nos proporciona la Eucaristía.

El Magisterio nos insiste en que es Cristo mismo quien entra en convivencia santificadora con nosotros a través de nuestra evocación litúrgica de sus misterios. Leemos en el Vaticano II: "Al conmemorar así los misterios de la redención (la Iglesia) abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, hasta tal punto, que en cierto modo se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de salvación" (134).

3.° *La Iglesia, orante con Cristo.* Pío XII observa muy justamente, que la Iglesia, mientras propone a nuestra contemplación los misterios de nuestro Redentor, demanda suplicante las gracias divinas con las que, sumando nuestra fiel cooperación, nos apoderemos de su fuerza vital santificadora, como los sarmientos de la vid y los miembros de la cabeza (135).

En este empeño deprecativo, la Iglesia ora con Cristo, en cuya intercesión salvífica participa y ora por Cristo que es su potentísimo valedor, y que es en esta unión suplicante con su Iglesia, el gran Sacerdote y Mediador. Leemos en la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*:

> "La oración que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único Mediador, por el que tenemos el único acceso a Dios. Pues de tal manera él une a sí a toda la comunidad

(132) 3. q. 73. a. 3. c.; Cf. 3. q. 65. a. 3.
(133) PO. n. 5; Cf. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas.* n. 12; *Ordenación General del Misal Romano.* n. 1.
(134) SC. n. 102; Cf. *Mediator Dei,* ns. 39 y 41.
(135) Cf. *Mediator Dei,* n. 41.

humana, que se establece una unión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y sólo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin" (136).

4.° *Cristo, el gran liturgo en toda la liturgia.* La verdad que de nuevo destaca en esta visión general de la liturgia, es la principalidad en toda ella de Cristo, Sacerdote del único sacrificio y del único culto verdadero, glorificador de Dios y santificador de los hombres, que une consigo a su Iglesia en esta sublime función sacerdotal. En ella, como dice acertadamente el P. Garrido, "la parte de Cristo es tan viva, tan preponderante y tan real, que no hay más que una liturgia: la liturgia de Cristo, y un solo liturgo, Cristo. Todo culto rendido por la Iglesia a Dios, lo es siempre en Cristo, en unión con Cristo y a través de Cristo, Cabeza de la Iglesia..." (137). La *Carta a los hebreos* nos dice que tenemos un Pontífice celeste a la diestra del trono de Dios, "ministro del santuario y del tabernáculo verdadero". (Cf. Heb. 8, 1-2). Este mismo y único Liturgo de la liturgia eterna, lo es también del tabernáculo de su Iglesia todavía peregrina, a la que asocia íntimamente consigo, bajo los velos terrenos y humanos en que se presencializa, a su acción cultual perenne de los cielos.

2. *María, actora maternal en toda la liturgia eclesial*

Se adivina —y nos complace esta adivinación— que hemos de atribuir a María, en todo el proceso del culto eclesial, el cometido sobresaliente que le compete como Madre de Jesús, Cabeza de la Iglesia y, en consecuencia, como Madre de la Iglesia, cuerpo Místico de Jesús (138). Este doble entrañamiento maternal o este entrañamiento maternal esencial al Cristo singular que se extiende connaturalmente al Cristo total, define el ser y fija la misión de María, que es permanente y universal como lo

(136) Núm. 6; Cf. n. 17. Recojamos aquí el famoso comentario de San Agustín "No pudo Dios hacer a los hombres un bien mayor que el de darles por Cabeza a su Verbo, por quien ha fundado todas las cosas, uniéndolos a Él como miembros suyos, de forma que Él es Hijo de Dios e Hijo del hombre al mismo tiempo; Dios uno con el Padre y hombre con el hombre, y así, cuando nos dirigimos a Dios con súplicas, no establecemos separación con el Hijo, y cuando es el Cuerpo del Hijo el que ora, no se separa de su Cabeza, y el mismo Salvador del Cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es orado por nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra Cabeza, es orado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en Él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros". (*Enarrat. in psalm. 85,* 1; CCL, 39, 1176.)

(137) *Coment. a la Const. de la S. Liturgia,* Madrid, BAC, 1964, p. 181; Cf. p. 158. Cf. VAGAGGINI, *Sentido teológico de la Liturgia,* p. 244.

(138) Cf. PABLO VI, *Disc. claus.* III Ses. Conc. Vat. II, nov, 194, n. 27.

es Cristo y como lo es su pleroma vital o cuerpo místico eclesial. Pablo VI decía en su memorable discurso de la proclamación de María como Madre de la Iglesia: "Queremos que aparezca con toda claridad que María, sierva humilde del Señor, está completamente relacionada con Dios y con Cristo, único Mediador y Redentor nuestro" (139). Decía también: "La principal fuente de la eficacia santificadora (de la Iglesia), ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión, que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a nuestra salvación" (140). No alegamos leyes metafísicas. Apelamos a la que el mismo Pablo VI llama "sabia y suave disposición divina" (141) por la cual el consentimiento y la generosa cooperación de María "tuvieron y tienen todavía un gran influjo en el cumplimiento de la salvación humana" (142). Esta obra salvadora se realiza muy primordialmente en el culto litúrgico y, en él, por tanto, ejerce María la actuación relevante que corresponde a su maternidad espiritual, dependiente y servicial de la capital de Cristo y concausal —con Cristo— de la acción cultual y santificativa de la Iglesia. Así, pues, en la actividad litúrgica concurren, coordenadas y armónicas, la operación capital de Cristo, la cooperación maternal de María y la colaboración subordinada de la Iglesia.

La unión maternal constante y sucesiva que hemos comprobado en los misterios causativos y aplicativos de nuestra redención, ha de tener su apropiada verificación en la proyección cultual y salvífica de esos misterios, que es la liturgia de la Iglesia. Sería superfluo insistir en la validez que tiene lo antes dicho para lo que estamos diciendo. Algunas reflexiones más particulares y complementarias pueden ser más procedentes.

1.ª *En la expansión de la liturgia eucarística.* Esta reflexión puede ser muy breve, después de las que propusimos para persuadir la intervención de María en el misterio eucarístico. Vimos en ella la más alta y eficaz oportunidad de su perenne actuación santificativa maternal. La observación luego hecha, de la preeminencia de la Eucaristía en la Liturgia y, por tanto, de la prevalencia de la actuación eucarística en ella de Jesús y también de María (Cf. supra IV, 1 x; IV, 2 x), hace fácilmente comprensible y hasta irrecusable la intervención de María en las demás manifestaciones de la Liturgia eclesial. Sobre todo, habida cuenta, de que como vimos, la Eucaristía es el núcleo esencial de toda la liturgia, pues

(139) *Ib.*, n. 33.
(140) *Ib.*, n. 23.
(141) *Signum magnum,* p. 1. n. 7; Cf. LG. n. 60.
(142) *Signum magnum,* ib.

de ella son explayación y complementación todas las otras celebraciones cultuales.

2.° *María en la conmemoración litúrgica de los misterios cristianos.* La Iglesia, dice la Constitución litúrgica conciliar "desarrolla en el círculo del año, todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión y Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor" (143). Es notorio que estos misterios de Cristo lo fueron y lo son, a la vez, de su Madre Virgen (144) que los convivió con Él en su realización histórica y los compartió también maternalmente en su motivación y en su eficiencia salvífica. Como ya vimos, en la representación litúrgica de estos misterios, Cristo no es sólo objeto de recordación venerativa y ejemplar, sino que se hace presente en ellos como Salvador, transmitiéndonos su virtud vivificadora. Y es incuestionable que María aparece unida a Cristo en la evocación cultual de estos misterios comunes, y que coopera maternalmente vinculada con Él en la causalidad santificativa de esos mismos misterios. La cooperación salvífica de María con Cristo es permanente y universal y tiene señalado cumplimiento en las celebraciones litúrgicas.

3.° *María en toda la comunicación de la gracia.* El Concilio Vaticano II enseña que la maternidad de María precede y ejemplariza a la de la Iglesia, porque María, creyente y obediente, engendró, bajo la acción del Espíritu Santo, al mismo Hijo del Padre y "dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos, esto es, a los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno" (145). Todos damos como normal la maternidad general de la Iglesia, que consiste en la causalidad instrumental y ministerial con que colabora en la transmisión santificativa de la gracia capital y sacerdotal de Cristo. En cambio, algunos se sobresaltan ante la maternidad universal de María, que en conjunción y subordinción permanente con la capitalidad de Cristo, interviene en toda la comunicación regenerativa y santificativa de la gracia. Es ya hora de comprender que la Madre de Cristo es Madre de la Iglesia. Es, pues, legítimo y obligado afirmar que en toda la actividad transmisiva de la gracia que realiza la Iglesia, y muy marcadamente en su actividad litúrgica, interviene la causalidad santificativa maternal de María. La hizo Dios dadora del dador de la gracia y dadora con Él de toda la gracia que Él nos da.

4.° *También en la liturgia sacramental.* Es sabido que bastantes autores prefieren excluir de la causalidad de María las gracias que Cristo y la

(143) SC. n. 102.
(144) Cf. *Mediator Dei*, n. 43.
(145) LG. n. 63.

Iglesia nos comunican mediante los *Sacramentos*. No nos parece lógica y justificada esta exclusión. Proviene, seguramente, de una visión restringida de la ley de instrumentalidad sacramental que vige, por designio divino, en toda la economía salvadora de la Encarnación. Por esta ley de encarnación redentora, la Humanidad asumida por el Hijo de Dios es, en Cristo, el "Instrumento unido" a la divinidad que transmite en toda su universalidad la gracia que deriva como de causa principal de su divinidad y, por tanto, con Él del Padre y del Espíritu Santo. Pero Dios quiso que el Hijo de Dios se hiciera hombre naciendo de una Madre humana, la Virgen María, llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Existe, pues, en la economía divina, en orden a la instrumentalidad divinizadora de la humanidad de Cristo, la instrumentalidad maternal de María que le comunica, por el poder del Espíritu Santo, la naturaleza humana, que le hace Cabeza y Redentor de los hombres, es decir, regenerador del género humano. En esta analogía es apropiado añadir que, así como la Humanidad de Cristo, en cuanto unida substancialmente al Verbo y por ello dotada de gracia infinita (146) es instrumento universal de su acción deificadora, así la Virgen María, en cuanto unida —unidísima— como Madre, a la Humanidad santa y santificadora de Cristo y, por ello, llena de gracia (147) es instrumento universal en dependencia de la Humanidad de Cristo, en su causalidad transmisiva de la gracia.

A esta instrumentalidad santificadora de Cristo Hombre y de María su Madre, se suma, a su hora, la de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo que es derivada y ministerial de la capitalidad de Cristo y de la maternidad espiritual de María. Esta instrumentalidad salvífica eclesial interviene en la verificación y en el uso de los signos santificativos sensibles o *sacramentos* instituidos por Cristo y que, a excepción del Sacramento que es Jesús mismo Sacramentado, ejercen una causalidad instrumental parcial, aunque eficaz, de la gracia. Esta instrumentalidad de los sacramentos rituales, opera en dependencia de las tres grandes instrumentalidades de Cristo-Hombre, de María y de la Iglesia. Es claro que esta jerarquía y coordenación de instrumentalidades, lo es realmente de sacramentalidades. En orden a la sacramentalidad primaria y fontal de la Humanidad de Cristo, existe la sacramentalidad de la maternidad de María. Y en dependencia y servicio correspondiente de entrambas, existe la sacramentalidad general de la Iglesia; que tiene como cauces principales de actuación, como ya indicamos, los signos sensibles significativos y causativos de la gracia, establecidos por Cristo y que la Iglesia utiliza y administra. No hay, pues, razón para excluir, y la hay para afirmar la intervención de María, por su maternidad universal de la gracia, en la producida por los

(146) Cf. 3. q. 7, a. 1 y 9.
(147) Cf. 3. q. 27. a. 5.

sacramentos. La virtud salutífera llega a éstos de la Divinidad, mediante la Humanidad de Cristo (148), con la cual actúa siempre, subordinadamente, la maternidad de María (149).

Es muy conforme a la buena teología y a la sólida piedad filial mariana la influencia efectiva maternal de María:

— en la regeneración divina en Cristo, que es efecto del *bautismo*;

— en la consolidación de la vida cristiana que causa la *confirmación*;

— en su recuperación por obra de la *penitencia*;

— en la confortación espiritual, y hasta corporal a veces, que efectúa la *unción* de los enfermos;

— en la *consagración sacerdotal* de los ministros de la gracia.

¡Qué beneficiosa sería la consciente certeza de la presencia activa de la Madre de la divina gracia, en las celebraciones sacramentales!

5.° *María en la alabanza y en la plegaria de la Iglesia.* Ya nos referimos en su lugar a la incesante y eficaz intercesión de María, "mediante la cual, como dice Pablo VI, aun asunta al cielo, sigue cercanísima a los fieles" (150). Nos interesa ahora añadir las siguientes observaciones.

1.ª La solicitud de María en favor de la Iglesia es función permanente de su mediación maternal; y, acorde con la providencia salvífica, la ejerce por propia iniciativa en todo tiempo y lugar, aun sin ser instada por los necesitados y beneficiarios de su acción auxiliadora.

2.ª En ésta, como en todas las funciones soteriológicas maternales, María actúa en íntima e inseparable unión con su Hijo. Como dice Pío XII, María, "juntamente con Cristo nos proporciona los auxilios que necesitamos, puesto que *Dios quiso que todo lo tuviéramos por María*" (151).

3.ª A María, en su correlación y unión maternal con Cristo y con la Iglesia, le corresponde una íntima e indefectible coeficiencia con ellos en la actividad más sagrada y más valiosa de glorificación de Dios y de impetración de sus gracias que es la celebración litúrgica. Es de todo punto inconcebible la ausencia de la Madre de la Cabeza y de los miembros en esta conjunción latreútica y deprecativa de todo el Cuerpo Místico que es la liturgia (152).

(148) Cf. 3. q. 62. a. 5.
(149) Cf. J. ESQUERDA, *La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia,* en *Est. Mar.*, 26, 1965, 233-274.
(150) MC. n. 56.
(151) *Mediator Dei,* n. 43.
(152) Cf. SC. n. 7; *Mediator Dei,* n. 6.

4.ª María ora con la Iglesia; pero es más conforme con su valimiento y con su mediación maternal, y los hará más eficaces, que su súplica sea suplicada por la Iglesia. "La misión maternal de María, escribe Pablo VI, empuja al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de Madre y con eficaz ayuda auxiliadora" (153). Esta verdad de toda hora, ha de serlo muy especialmente en las horas por excelencia de la oración eclesial que son las de las celebraciones litúrgicas. La Iglesia ha de ejercitar cordialmente en ellas su filialidad mariana. Ha de orar filialmente unida y apoyada en María que la adentra maternalmente en la más entrañable unión con Jesús. Hacen muy al caso la declaración y la recomendación del Concilio Vaticano II: "Todo el influjo salvífico de la Virgen sobre los hombres, no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma recibe todo su poder. Y, lejos de impedir, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo... La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador" (154).

Repitiendo palabras alabadas por Pablo VI, digamos que no se puede hablar de la Iglesia reunida para orar, "sino está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de éste" (155).

VI. Observación sobre las modalidades de la actuación de María en el culto cristiano

Aunque recorrida a pasos acelerados, ha sido larga la ruta para mostrar que la Virgen María es actora constante en todas las etapas del culto cristiano. Habíamos prevenido, y se ha mostrado sobre la marcha, que las actuaciones religioso-salvíficas de María son muy variadas como lo son las fases sucesivas de su intervención. Es fácil apreciar esa multiformidad en una breve esquematización:

— *Convivencia con Cristo hasta el Calvario*: actividad de virtudes teologales, religiosidad, virtudes morales en el ejercicio de su misión maternal, con efecto salvífico meritorio, satisfactorio, etc.

(153) MC. n. 57.
(154) LG. n. 60 y 62. Puede verse nuestro comentario, *La Virgen y la Iglesia.* En *Coment. a la Const. sobre la Iglesia,* Madrid, BAC, 1966, pp. 984-997.
(155) MC. n. 28.

— *Calvario*: Virtudes teologales, religiosidad, obediencia, paciencia, otras virtudes morales, con efecto redentivo de mérito, satisfacción, y sacrificio.

— *Cielo*: Contemplación beatífica, amor, gozo, consorcio salvífico con Cristo de oblación, intercesión, dispensación efectiva de la gracia.

— *Eucaristía*: Ofrecimiento y victimación como Madre, eficiencia latréutica, gratitudinal, propiciatoria, deprecativa, influjo de gracia santificativa.

— *Liturgia general*: Influencia de gracia sacramental, intercesión y alabanza, otorgamiento de gracias.

Entre esa rica variedad de actuaciones cúltico-salvíficas, hay algunas que requieren una explicación teológica más amplia que la posible en este estudio. Deseamos otra oportunidad para intentarla. Entre tanto, nos parece razonable advertir que la misión maternal de María en toda su verificación, sólo tiene un problema fundamental que fue planteado por la Virgen al ángel y una respuesta fundamental que fue dada por el ángel a María. Ella preguntó, cómo iba a cumplirse lo que humanamente era imposible; y el ángel le contestó que el Espíritu Santo con la omnipotencia divina haría efectivo el misterio que se le anunciaba. (Cf. Lc. 1, 34-35). Esta respuesta, aunque tan general es, en última instancia, la verdaderamente decisiva. "Nada hay imposible para Dios" (Lc. 1, 37) en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios para la salvación de los hombres y en el misterio correlativo de la Madre del Hijo de Dios. Todo en el misterio de María, por grande y difícil que sea, es menos grande y menos difícil que el ser hecha Madre de Dios.

Esta apelación tan alta no es una evasiva. Las actuaciones sucesivas de María en su unión maternal latréutico-salvífica con Cristo, tienen, dentro de su misteriosidad, aclaraciones teológicas aceptables. Repito mi deseo de poder exponerlas otro día.

Conclusión

Pablo VI expresa en la exhortación *Marialis Cultus* su satisfacción al constatar que:

> "la instauración posconciliar, como estaba ya en el espíritu del Movimiento Litúrgico, ha considerado con adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo y, en armonía con la tradición, le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como Madre santa de Dios, íntimamente asociada al Redentor" (n. 15).

Advierte también el Papa, que para la renovación de la piedad mariana es necesario "dar valor a los elementos perennes e incorporar los nuevos datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica y propuestos por el Magisterio eclesiástico" (n. 24).

No se nos ocurre suplantar la intención de las palabras del Papa. Él habla de la veneración que se le debe tributar a María en la Iglesia. Pero insistiendo, por nuestra cuenta en la fundamentación doctrinal que requiere una renovación perfectiva de la liturgia, nos parece justo decir que "para reconocer el puesto que corresponde a la Virgen en el culto cristiano" han de tenerse en cuenta los avances cristológico-mariológicos bien fundados, sobre todo los ya asumidos por el Magisterio.

Las reflexiones de todo nuestro escrito, nos parece que justifican las siguientes conclusiones, propuestas de más a menos:

1.ª La vinculación maternal latréutico-salvífica de María con Cristo es universal y, por tanto, alcanza, en su forma correspondiente, a todas las manifestaciones del culto cristiano y de la vida litúrgica eclesial.

2.ª Puede y debe ser mejor valorada teórica y prácticamente esta múltiple intervención activa de María en la liturgia de la Iglesia.

3.ª Sería razonable y beneficioso que las *Plegarias Eucarísticas* reflejaran más adecuadamente la relación de María con el Sacrificio sacramental eucarístico.

4.ª Convendría que, de modo oportuno, se avivase la conciencia de los fieles sobre la intervención de María, en unión con Cristo y con la Iglesia, en las celebraciones rituales de los sacramentos y en la liturgia de las Horas.

5.ª Sería apropiado que las *Ordenaciones Generales* del Misal y del Oficio de las Horas introdujesen en su adoctrinamiento, estas dimensiones litúrgico-marianas.

Si me fuera permitida una consigna final, daría ésta: Unámonos a María, cuando nos unimos con Cristo para unirnos con Dios.

Marceliano Llamera, O. P.